

ANDRÓMEDA ATACA

CLARK CARRADOS

Andrómeda ataca

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/096

CAPÍTULO PRIMERO

La habitación era espaciosa, y en su centro había una gran mesa ovalada, con numerosas sillas a su alrededor. No tenía ninguna ventana, aunque en ningún modo podía notarse el aire viciado a causa del magnífico servicio de acondicionamiento, que, al mismo tiempo que lo renovaba, proporcionaba al ambiente la temperatura necesaria, humedad incluida. Los muebles eran buenos pero sin ningún lujo innecesario, adecuados por completo a la

función para la que habían sido construidos. Frente a cada silla había recado de escribir, pero, cosa extraña, sólo se vela una visoplaca en la mesa, correspondiente al lado opuesto de la entrada.

Ésta se hallaba guardada férreamente por varios miembros de la Policía del Espacio en traje de gala, lo cual no les impedía ir armados hasta los dientes. El pelotón de guardia, como cosa excepcional, se hallaba al mando de un general, que era quien revisaba en persona los pases de todos cuantos pretendían penetrar en aquella habitación tan celosamente vigilada.

La habitación pertenecía al Palacio Presidencial de la Unión Solar, el cual, asimismo, se hallaba también celosísimamente guardado por un fuerte cordón de tropas, para atravesar el cual se necesitaba un pase especial infalsificable, puesto que se hallaba ajustado, de un modo singular, a la composición molecular del cuerpo de la persona que debía utilizarlo. Ningún otro hubiera podido usar aquel pase, de una aleación cuya composición se guardaba en secreto, sin quemarse las

manos como si aquel metal estuviera al rojo vivo. En cambio, la persona a que correspondía podía llevarlo perfectamente, sin detrimento alguno para su salud, como si fuera una inocua cartulina de algún club social.

Personas de elevada condición, a juzgar por sus vestimentas y por el séquito que las había acompañado, estaban llegando al Palacio Presidencial. Pero, tras las primeras puertas, el séquito se quedaba atrás, y sólo la persona que lo presidía estaba autorizada a circular más adelante. Otro general servía como de introductor de embajadores, lo cual no impedía que, al llegar a la última puerta, el general que mandaba la patrulla de guardia, revisase el pase con extrema minuciosidad, sin tocarlo siquiera, depositándolo sobre una mesita, en la cual había una analizadora automática de composiciones moleculares, sin cuyo requisito y aprobación no era posible pasar a la habitación.

En cualquier otro tiempo y lugar tales precauciones hubieran podido parecer ofensivas a las personas que tenían que soportarlas. Sin embargo, en los momentos actuales, nadie se quejaba; antes al contrario, se encontraba perfectamente justificada aquella severísima investigación, lo que motivaba que el interesado, al atravesar la última barrera, lanzase un audible ¡uf! de satisfacción, lógicamente comprensible.

Poco a poco la habitación se fue llenando de gente, hasta alcanzar el número aproximado de veinte personas que eran las sillas que había en torno a la gran mesa. No hubo necesidad de enseñar a cada uno cuál era su sitio; frente a cada asiento había una tarjeta de buen tamaño, en la cual constaba, con toda claridad, el lugar de procedencia de cada uno.

Las dos últimas personas en entrar fueron un hombre y una mujer. El hombre era de mediana estatura, habiendo rebasado apenas los sesenta años de edad, vestido con relativa sencillez, lo que no dejaba de contrastar con las lujosas ropas que vestían algunos de los asistentes. El único distintivo que se le veía sobre el cuerpo era una banda azul, amarilla y verde, los colores de la Unión Solar, y que denotaba que su portador era el presidente de la misma.

La mujer era joven, unos veinticinco o veintiséis años, morena, de tez blanquísima y labios muy encarnados de por sí. Sus esbeltas formas estaban recubiertas por una sencilla túnica azul celeste, sujeta por un precioso broche a su hombro izquierdo, y que le llegaba a las rodillas, calzaba unas simples sandalias doradas, de medio tacón, ceñidas a los

finos tobillos por unos lazos del mismo material, y en las manos llevaba una gruesa carpeta de cuero, que se adivinaba repleta de papeles de la mayor importancia.

Todos los asistentes se volvieron al ver entrar a la pareja. Alguno silbó muy bajo; evidentemente, se sentía molesto de no poder hacerlo con todas sus fuerzas, pues la muchacha lo merecía. Pero ésta ignoró la curiosidad general y caminó tras Aníbal Frantz, presidente de la Unión Solar, hasta sentarse en una silla situada al lado de la cabecera de la mesa.

Aníbal Frantz miró a todos los reunidos, guardando unos instantes de silencio antes de empezar a hablar. Contra la costumbre general, no carraspeó.

—Señores —dijo—, en nombre de la Unión Solar que me honro en presidir, bienvenidos todos. Por favor, siéntense.

Hubo un pequeño ruido de sillas, y cuando el auditorio estuvo en disposición Frantz empezó.

—Les agradezco su asistencia, señores. Voy a procurar, en primer lugar, ponerles al corriente de la situación, aunque muchos de ustedes ya saben de qué se trata. Es un hecho muy benévolo por parte suya que hayan consentido en desplazarse hasta aquí, atravesando inmensas distancias, en lo cual, lógicamente, han empleado muchísimo tiempo. No obstante, creo que la cosa lo merece:

»Algunos de ustedes saben de qué se trata, aunque no conozcan exactamente el asunto. Otros, en cambio, lo ignoran; pero, para unos y otros, lo voy a exponer con la mayor rapidez y concisión posibles.

Frantz hizo una breve pausa, durante la cual sintió clavados en sus ojos los de todos los concurrentes al acto. Prosiguió:

—El asunto puede decirse en dos palabras, caballeros: Estamos a punto de ser atacados por los habitantes de Andrómeda. Sí, ya lo sé que es raro, que suena a fantasía hablar de un ataque por parte de unos seres que viven a millón y medio de años luz de nosotros, pero poseo pruebas irrefutables de ello, que enseñaré a su debido tiempo.

»Esta reunión tiene por objeto coordinar nuestros esfuerzos de modo que pueda rechazarse con éxito dicho ataque. De otro modo corremos el riesgo de ser exterminados por la raza más salvaje, cruel e inescrupulosa de cuantas pueblan el Universo: los habitantes de Andrómeda.

»Entre los asistentes se hallan, además de los que pertenecen a la Unión Solar, nombre con que oficialmente se designa al Sistema Local de nuestra Galaxia, compuesto por Can Mayor, Orión, Toro, Casiopea, Cisne, Lira y Escorpión, los honorables representantes del Águila, lamentando que obligaciones ineludibles hayan provocado la ausencia de su rey, Bashur de Altair. Es decir, que, salvo los últimos citados, todos los demás habitan planetas de sistemas y constelaciones situadas en un espacio cuyo diámetro máximo es de dos mil años luz y de setecientos el mínimo, hallándose el nuestro, el antiguo sistema solar, a unos trescientos años luz de su centro. A todos ellos, pues, va nuestra advertencia.

»Desde hace ya algún tiempo, tiempo que puede medirse en dos lustros o quizás algo más, hemos tenido noticias de que una raza poderosa, la de Andrómeda, está tanteando el terreno, explorándolo es la palabra correcta, antes de lanzarse al ataque. Ahora nos hallamos ya en la coyuntura de que, en cualquier momento y en cualquier lugar, puede producirse ese ataque. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo?

Frantz suspiró melancólicamente y luego continuó, ante la expectación de los asistentes:

—Si halláramos las respuestas a esas preguntas, es evidente que tendríamos ganada la mitad de la victoria; pero, desgraciadamente, salvo sus propósitos de ataque, ignoramos todo lo demás. Sabemos, sí, que han sido atacados lugares digamos fronterizos, es decir, puntos situados en los bordes de nuestra Galaxia; pero estos ataques han sido más bien incursiones esporádicas destinadas a tantear el estado de nuestras defensas, como asimismo el grado de civilización en que nos hallamos. Es evidente que ya el enemigo está listo, presto para el asalto y que éste puede producirse en cualquier momento y en cualquier lugar de nuestra Galaxia.

Uno de los asistentes, el secretario de Asuntos Exteriores de la Constelación del Toro, levantó la mano. Frantz lo miró inquisitivamente.

—Señor Presidente, espero que me sea lícito presentar una objeción.

—Está en su derecho, señor Ald. ¿De qué se trata?

—Simplemente de una cuestión de matemáticas. Si Andrómeda se halla de nosotros a una distancia de millón y medio de años luz, y si nosotros, con grandes esfuerzos hemos conseguido que nuestras naves, a punto de reventar sus motores, alcancen una velocidad de diez

«parsecs»[1] por hora, ¿qué velocidad no emplearán las naves andromedanas para llegar, no ya hasta aquí, sino a los bordes de la Galaxia? A la velocidad citada, suponiendo que dispusieran de ingenios idénticos a los nuestros, llegarían en cinco años y medio aproximadamente. ¿Quiere decir el señor Presidente que esos asaltantes se encuentran ya en camino desde hace ya el tiempo citado?

Frantz se encogió de hombros.

—Lo ignoro, señor Ald. Lo único que puedo dar como respuesta a su pregunta es lo que ya he manifestado anteriormente. La forma en que los futuros asaltantes viajan, así como las armas que van a emplear, nos es absolutamente ignorada.

—Pero —dijo el representante de Casiopea —si usted ha dicho que algunos puestos fronterizos fueron asaltados, podrá saberse sin duda la clase de armas que usaron, ¿no es así?

—No. No, por la sencilla razón de que esos puestos fronterizos, no es que fueran exterminados, sino simplemente hechos desaparecer. Si se hallaban situados en un planeta, el planeta desapareció; si estaban sobre un satélite o un asteroide, el satélite y el asteroide desaparecieron; si era alguna patrulla de naves de vigilancia, la patrulla se esfumó como si jamás hubiera existido.

»En un principio—prosiguió Frantz—se pensó, sobre todo cuando se trataba de naves, que se debía a algún accidente, provocado acaso por alguna excesiva tensión en los motores de las naves. Pero, después, cuando ya se advirtieron las desapariciones de algunos astros, es cuando nos dimos cuenta de que tales sucesos no eran correctos y que se debían a la mano de seres que no pertenecen a nuestra Galaxia. Informaciones posteriores nos confirmaron la hipótesis, y de dichas informaciones es de donde nació el conocimiento del próximo ataque.

—Es decir —exclamó el representante de Orión —que en éste caso no se trata de una guerra entre dos o más sistemas locales pertenecientes a la Vía Láctea, sino una guerra intergaláctica.

—Su sugerencia es muy acertada, señor Karin —contestó Frantz—. Sí, será una guerra intergaláctica, a menos que podamos ponerle remedio a la cosa, lo cual, francamente, considero poco menos que imposible.

—Entonces no nos quedará otro remedio que movilizar todos nuestros recursos.

—Así es, señor Karin.

—Pero ignoramos quiénes, perdón, cómo son nuestros enemigos y la clase de armas que utilizan. El saber esto nos daría una considerable ventaja en la batalla.

—Ciertamente, y dentro de unos momentos podré contestar parcialmente a sus preguntas, señor Karin. Sabemos «cómo» son los andromedanos y tenemos, además, una de sus naves. Pero —Frantz meneó la cabeza—, aunque nuestros técnicos y expertos más aventajados están estudiando dicho aparato desde hace mucho tiempo, la verdad, la desagradable verdad, es que hoy están lo mismo que el primer día. Para ellos, la astronave andromedana es algo tan nuevo, algo tan nunca visto, que no saben otra cosa que se trata de un objeto sólido. Si este objeto es de metal, vidrio, madera o papel, es algo que todavía ignoramos. Y no digamos de sus instrumentos y armas de a bordo; es algo que, como se decía en la antigüedad, parece chino.

Una ola de consternación pasó por la asamblea. Pero uno de los concurrentes, sobreponiéndose al sentir general, se puso en pie. Era el representante del Águila.

—El señor Presidente ha dicho que se consiguió capturar a un prisionero. ¿Es que los servicios de Inteligencia no han conseguido hacerte hablar?

Frantz sonrió.

—No fue uno el prisionero capturado, sino tres. Pero dos murieron antes de poder dirigirles la menor pregunta, por lo que nos hemos visto obligados a conservar al tercero como algo muy precioso, con la esperanza de poder entablar relación con él algún día… si antes sus congéneres no han venido a liberarlo.

—¡Es inaudito!—gruñó el de Orión—. ¡Tener un prisionero y no poder hacerlo hablar! Si nos lo dejasen a nosotros…

El presidente de la Unión Solar volvió a sonreír. Apretó un timbre que había sobre la mesa, al mismo tiempo que decía;

—Nada me agradaría más que ponerlo en sus manos, señor Karin. Pero antes lo van a ver ustedes. ¡Ah!, y si alguno padece del corazón será mejor que se ausente de la habitación; el espectáculo no es recomendable para cardíacos.

La puerta se abrió y el general encargado de la guardia asomó la cabeza. Frantz le dio una breve orden y el militar se retiró.

Volvió unos minutos más tarde, acompañando a cuatro policías que empujaban una plataforma dotada de cuatro pequeñas ruedas, y sobre la cual había un bulto de unos tres metros de altura, cubierto con una tela opaca que no permitía ver nada de lo que había debajo.

A medida que la plataforma iba entrando, un aura de indefinible horror se expandía por la sala. Sin saber exactamente los motivos, todos los concurrentes se sintieron de repente estremecidos, llenos de un desagradable sentimiento cuyas causas no sabían a qué atribuir.

Con paso lento, Frantz se acercó a la plataforma y tomó una de las puntas de la tela que cubría el bulto.

—Les aconsejo que sujeten sus nervios, señores —dijo, y de pronto echó la tela a un lado.

Media docena de sillas cayeron estrepitosamente al suelo cuando sus respectivos ocupantes las derribaron al ponerse en pie de un salto. Una unánime exclamación brotó de todos los labios.

El presidente de la Unión Solar tenía razón. «Aquello» era una cosa sin nombre, un horror viviente, un engendro soñado en la pesadilla de una ardiente fiebre hecho realidad, una bestia apocalíptica que ni el dibujante más fantástico, en un ataque de «delirium tremens», .se hubiera atrevido tan sólo a diseñar. Era, en fin, el espanto hecho carne, si es que carne podía llamarse al conjunto de tejidos que formaban la horripilante anatomía de aquel ser.

Durante unos minutos reinó en la sala el más absoluto silencio. Más de uno se tapó la cara con las manos, incapaz de resistir aquella visión, y no faltó quien, revuelto su estómago, olvidando las más absolutas normas de decencia, se retirara a un rincón a desalojar la comida en medio de espasmódicas arcadas.

Frantz tapó de nuevo aquella espantable visión, ordenando la retiraran. Un par de soldados higienizaron la sala de nuevo, y cuando de la puerta se hubo retirado, el presidente de la Unión Solar miró uno por uno los rostros de los asistentes.

—Ya ven ustedes —dijo—, cómo es de todo punto imposible entrar en relación con los andromedanos. Viven así; no pueden, por lo visto, hacerlo de otro modo, o, al menos, nosotros no conocemos esa manera, y hemos de resignarnos a tenerlo en cautividad en la forma que han visto.

Karin, de Orión, encendió un cigarrillo con manos temblorosas.

—Podía... podía haberse utilizado la telepatía, señor Presidente —sugirió, todavía blanco como el papel.

Frantz denegó con la cabeza.

—Lo siento; pero nuestros mejores telépatas fracasaron rotundamente. Ninguno de los medios empleados ha dado resultado y, ya lo he dicho, cuando intentamos utilizar el sistema verbal, los dos prisioneros que nos sirvieron de prueba, murieron instantáneamente apenas se intentó. No, es absolutamente imposible de todo punto, con los medios que conocemos, entrar en relación con ellos, a menos que ellos mismos sean quienes lo deseen. Y, por el momento, nuestro prisionero no parece estar muy decidido a hablar, o lo que sea para ellos el modo de comunicarse con otros seres vivos e inteligentes.

—Está bien —dijo Karin—; lo que acabamos de ver nos ha convencido. Por lo menos a mí, señor presidente—varias voces expresaron su asentimiento, interrumpiéndolo momentáneamente. Después Karin prosiguió—: pero, a lo que yo veo, solamente estamos aquí los representantes del Sistema Local de nuestra Galaxia, aparte de los del rey Bashur. ¿Qué me dice el señor Presidente de los demás sistemas de la Vía Láctea?

Frantz meneó con pesimismo la cabeza.

—Espero que estén a nuestro lado en el momento oportuno. Tengo informes de que algunos de ellos ya dieron su conformidad, entre ellos la emperatriz de las Nubes Magallánicas, Melphys y el emperador consorte, Evans Rivedo[2], quien, como todos ustedes saben, es de origen terrestre.

»Pero en cambio hay otros reinos y Gobiernos cuya actitud ignoramos, dado que el hombre que tenía que traernos todos estos datos murió trágicamente, perdiéndose, además, con él, todos sus documentos. Me refiero a Ted Farquhart, uno de los mejores agentes secretos que jamás haya tenido el sistema local, y cuya hija, Beatriz, me honro en presentarles.

La joven saludó con breves inclinaciones de cabeza, dejando que continuara después el Presidente.

—Fue una verdadera lástima la muerte de aquel hombre, porqué nos hubiera dado valiosísimos informes que hoy nos hubieran servido de mucho. Ni siquiera la documentación que había logrado reunir, al cabo de doce años de inauditos esfuerzos, pudo ser salvada. Y ahora —Frantz meneó pesimista la cabeza —no podemos perder otros doce

años en una exploración similar. Antes de que lo consiguiéramos, caso de intentarlo, la guerra, con nuestra victoria o nuestro exterminio, habrá tenido ya fin.

Hubo unos momentos de silencio, rotos por la voz de Ald.

—¿Y no hay otra manera de saber las cosas, de tener, en fin, informes sobre la actitud a observar por los demás gobiernos de la Galaxia? Es evidente que si Andrómeda ataca, ellos se defenderán...; pero ¿no resultarla más aprovechable un esfuerzo común que no el individual?

—Así es —contestó Frantz—; pero, de momento, no veo...

Pero el Presidente fue interrumpido de pronto por la cálida voz de la muchacha, silenciosa hasta entonces.

—Con permiso —dijo Beatriz—; creo que éste es un punto que podría resolverse si lo que me pienso yo es verdad.

Todo el mundo miró instintivamente a la joven, cuyo bello rostro aparecía pálido, muy serio, sin la menor señal de alegría en él.

—Veamos—dijo Frantz—si su idea es aceptable, señorita. No se ofenda por lo que voy a decirle, ni lo tome como insinuación personal, pero en el momento en que nos hallamos un clavo ardiendo al que podernos asir sería acogido con vítores y aclamaciones. ¿De qué se trata?

Una lágrima apareció en los ojos de la joven. El esbelto seno de Beatriz se distendió a impulsos de la todavía reciente pena que la afligía y luego dijo lentamente:

—Poco antes de morir mi padre celebró una conferencia secreta con un hombre. Dicha conferencia duró al menos dos horas durante las cuales los dos estuvieron absolutamente solos, sin nadie que les estorbase y sin que nadie, hasta ahora, sepa de qué trataron en aquella larga, conversación. Mi opinión es que mi padre comunicó a aquel hombre todo cuanto sabía, acaso en previsión, no de la muerte que sufrió, sino de caer prisionero de los andromedanos.

Una explosión de general sorpresa acogió las palabras de Beatriz-

—¿Está segura, señorita Farquhart? —dijo Frantz.

—Es una conjetura mía —respondió ella—, pero que tiene visos de ser realidad, señor.

—Su nombre es Abel Cheramy, aunque nadie le conoce de esa manera, sino por Stefan, el «Trovador de la Galaxia».

El representante de Orión torció el gesto.

—¿Quién, ese? ¿Un rascatripas? ¿Un tipo que se pasa la vida yendo de un lado a otro con su guitarra?

—El mismo —contestó Beatriz—, y en cuanto a lo de rascatripas —sonrió la muchacha —las opiniones difieren.

—Está bien —cortó Frantz—. Entonces lo que procede ahora es buscar a ese hombre y traerlo aquí para que nos diga cuanto sabe e incluso, sí es necesario, que empiece a actuar.

Beatriz movió la cabeza, denegando.

—Mucho me temo, señor Presidente, que éste no sea el momento más adecuado para arrancar a Stefan del lugar en que se encuentra. Y dudo mucho de que él acceda, además.

CAPÍTULO II

Efectivamente, Beatriz Farquhart tenía razón: era difícil arrancar a Stefan del lugar en que se hallaba.

Hay cosas que no varían nunca con el paso de los siglos. Por ejemplo, el rojo de la sangre, el verde de los prados y el blanco de les trajes de novia. Y Moyna Forrester, ahora Cheramy por su matrimonio con Abel Cheramy, alias Stefan, «El Trovador de la Galaxia», estaba encantadora con su vestido blanco, en el cual había una cantidad

increíble de gasas y tules del mismo color, al salir de la iglesia del brazo de su flamante esposo.

La verdad es que ambos se sentían incómodos dentro de los trajes de ceremonia, en especial, el hombre, a quien el cuello duro le apretaba más de lo conveniente. Pero uno y otro supieron disimular y sonreír ante las aclamaciones de que eran objeto por parte de los concurrentes al acto, escasos, pero selectos, todos ellos íntimos amigos de la pareja.

La iglesia era una sencilla capillita, situada en la cima de una diminuta colina cubierta de verdor, flanqueada por añosos robles, ahora en la época más floreciente, y de la puerta de la misma partía un caminito que concluía, cincuenta metros más abajo, en la magnetopista general, donde aguardaban los coches. Entre los invitados, y por derecho propio, figuraban los reyes de Altair, Bashur y la hermosa Dynia, quienes no eran los menos parcos en elogiar a la joven pareja, para la cual parecían haberse desvanecido definitivamente las oscuras nubes que durante largos años habían enturbiado su cielo.

El tostado color del rostro de Moyna, de un tono muy parecido al cobre batido, contrastaba agradablemente con la blancura de sus níveas vestimentas, y sus rojos labios estaban abiertos en una continua sonrisa de felicidad y agradecimiento al mismo tiempo. A su lado, su esposo, Stefan, también sonreía, sin que en sus facciones se notasen apenas las señales de las durísimas y atrevidas operaciones por que se había visto obligado a atravesar antes de que su rostro recobrara el aspecto normal que tenía doce años antes, cuando estuviera a punto de morir en Fuerte del Frío, salvando la vida milagrosamente del atentado de que, indirectamente, fuera objeto.

Todas aquellas penalidades habían sido olvidadas ya por ambos jóvenes, los cuales, al salir de la capilla, se dirigieron hacia la parte posterior de la misma, en donde, al aire libre, había instalado un amplio entoldado, bajo el cual se serviría el sencillo refrigerio con que iban a obsequiar a sus invitados. Después de esto, Stefan y Moyna partirían en viaje de novios hacia Diuhaut, la capital de Altair, como huéspedes predilectos del rey Bashur y su todavía muy atractiva esposa. Después... pero esto no preocupaba de momento a los recién casados, tenían toda una vida por delante para discutir su porvenir.

Así, pues, Stefan y Moyna partieron juntos el pastel de bodas, en medio de los aplausos de la concurrencia. y durante unos momentos todo fue júbilo y alegría en aquel lugar. Bashur fue uno de los principales animadores de la reunión, lo cual hacía que los concurrentes se preguntasen si aquel hombre afable, divertido y jovial, fuera el mismo poderoso rey de un colosal sistema que poco tiempo antes se negaba rotundamente a entablar relaciones con todo aquel que no hubiera nacido en su mundo.

Al fin la reunión se dio por terminada, y el nuevo matrimonio se dispuso, en unión de Bashur y Dynia, a partir hacia el astropuerto, en donde les aguardaba la espacionave real que los llevaría a Diuhaut. Comenzaron las despedidas, y en el momento oportuno Stefan y

Moyna echaron a correr hacia el coche, seguidos por los reyes de Altair, aguantando en medio de alegres risas el bombardeo de granos de arroz a que eran sometidos.

El equipaje de los novios estaba ya a bordo, de modo que se cambiarían de ropa dentro de la nave misma. Llegaron al astropuerto, y cuando se disponían a embarcar un coche se acercó a toda velocidad a la espacionave.

Un hombre, vestido con sencillez, sin ninguna insignia especial en el uniforme negro que llevaba, saltó del vehículo, encaminándose hacia Stefan, el cual conversaba animadamente con su esposa y sus amigos. El hombre se detuvo ante las dos parejas, las cuales se hallaban flanqueadas por una cuádruple hilera de Fusileros Reales del Espacio como guardia de honor de Bashur y sus amigos, y se inclinó profundamente ante éstos.

—Rey Bashur, reina Dynia, es un honor para mí poder saludaros en persona. El Honorable Aníbal Frantz, Presidente de la Unión Solar, me encarga despediros en nombre suyo, deseándoos un buen viaje, y lamentando infinito que graves ocupaciones le retengan en Palacio, impidiéndole venir al espaciopuerto como hubiera sido su más ferviente deseo.

Bashur hizo un gesto de cabeza.

—La reina y yo agradecemos como se merece la atención, Honorable Comisario General de Inteligencia. Expresad nuestros mejores votos al Honorable Presidente Frantz y decidle que aguardamos impacientes la ocasión de tenerlo como huésped en nuestro reino.

—Se lo haré saber muy complacido, Majestades —repuso el recién llegado. Luego miró de reojo a los recién casados—. Majestad, debo pediros la venia para hablar unos momentos con Stefan.

El aludido arrugó el gesto. Conocía de sobra a Vic Parelli, Comisario General de Inteligencia de la Unión Solar, y sabía que no se desplazaba con frecuencia de su despacho, haciéndolo únicamente en muy graves circunstancias. Era obvio, pues, que aquel momento debía serio, y Stefan empezó a temerse lo peor.

—Puede usted hablar conmigo aquí mismo, señor Parelli —dijo Stefan —. No tengo ningún secreto con mi esposa ni con sus Majestades.

Parelli miró de soslayo a un lado y a otro.

—No me importa —repuso —decir lo que tengo que decirle, Stefan, en presencia de las personas citadas. Sin embargo, opino que aquí hay demasiada gente y que...

Bashur terció impulsivamente:

—Señor Parelli —dijo—: venid con nosotros a nuestra cámara, en la nave. Allí podréis desembuchar lo que tenéis que decir al amigo Stefan, y, ¡diablos!, me estoy muriendo de curiosidad por saber de qué se trata.

—Majestad —sonrió el comisario—, es muy probable que a estas horas lo sepáis, si vuestro secretario de Asuntos Exteriores os informó de la reunión habida pocas horas hace en el Palacio Presidencial.

—No he tenido tiempo aún de hablar con él —dijo Bashur—. Cosas mucho más agradables que una conferencia de alto nivel atrajeron mi atención durante el día de hoy. Pero vamos arriba; estoy consumiéndome ya.

Parelli hizo una seña y uno de sus acompañantes le entregó un objeto mezcla de maletín y cartera de mano, cuya asa tomó con fuerza, cosa que no dejó de extrañar a Stefan. Casi al instante el montacargas de la espacionave arrancó.

En la cámara real, Bashur se volvió hacia el comisario.

—Supongo que vuestra presencia aquí debe obedecer a motivos de indudable gravedad, ¿no es así?

—Ciertamente, Majestad —contestó Parelli con grave acento.

Bashur se asomó a la puerta y vociferó unas cuantas órdenes en su idioma, lo cual dio por resultado que un par de soldados, armados hasta, los dientes, se colocaran ante la puerta, con la orden de no dejar pasar a nadie que no anunciara, por lo menos, el fin del mundo. Hecho esto, Bashur cerró la puerta cuidadosamente y luego se volvió hacia el comisario.

—Podéis comenzar cuando gustéis. Honorable Parelli.

—Al momento, Majestad, procuraré ser breve y conciso en mi exposición.

Las dos damas se sentaron en sendos sillones, en tanto que Stefan y el rey quedaban de pie, apoyados en la pared, al lado de un amplio

ventanal, desde el cual se divisaba un magnifico panorama. Parelli comenzó a hablar, haciéndolo durante media hora al menos, sin que nadie lo interrumpiera, antes al contrario, siendo escuchado con infinita atención por su reducido auditorio, cuando terminó, sudaba copiosamente, como si hubiera estado corriendo un maratón.

Después hubo unos momentos de silencio. Bashur dijo al fin:

—A mi entender, todo eso puede ser una simple serie de conjeturas, señor Parelli. ¿No opinas lo mismo, Stefan? Sin pruebas...

El joven meneó gravemente la cabeza.

—Mucho me temo que no. Bashur. Por el contrario, estoy inclinado a dar al señor Parelli el más completo crédito.

—Muy amable por su parte, Stefan—dijo el aludido—. No obstante, y para concluir de convencerles, he traído aquí pruebas de cuanto acabo de decir.

Parelli abrió el maletín, sacando de él un minúsculo proyector, que colocó sobre una mesita. Extrajo también un lienzo blanco, que fijó al mamparo por unos clips con ventosas, y luego preguntó si podía oscurecer la estancia. Bashur afirmó y al instante las tinieblas invadieron la cámara.

Del proyector salió primeramente un rayo blanco, que perdió claridad después. Algo se movió en su campo y luego apareció un objeto que llenó de horror a los circunstantes.

Stefan sintió al instante que toda su epidermis era cubierta por una fría transpiración. Intentó apartar sus ojos de la pantalla, pero la fascinación que le causaba la contemplación de lo que en ella aparecía era infinitamente superior a sus fuerzas. Era un horror viviente lo que se vela con tanta perfección corno si estuviera allí presente, merced al perfecto sistema estereoscópico del proyector y a la natural coloración del «film».

—Esto —dijo Parelli, rompiendo de pronto el estupefacto silencio—no es ni más ni menos que uno de los seres pertenecientes a la Nebulosa de Andrómeda, uno de sus exploradores, podríamos decir también. Pero éste y otro de sus compañeros murieron cuando intentamos entablar relación con ellos de una forma directa. Vean la forma en que ocurrió.

Stefan vio aparecer ahora en la pantalla a un grupo de sabios y

científicos terrestres, rodeando al andromedano. Vio también morir a éste, de modo casi instantáneo, y lo mismo ocurrió con su otro compañero, con quien se intentó hacer lo mismo. Finalmente, el «film» mostró, desde diversos ángulos, una visión del andromedano superviviente, en el cual parecía haberse concentrado todo el espanto y la repulsión que causaban sus horrendos congéneres muertos.

La película concluyó repentinamente, y hubo un quíntuple suspiro de alivio cuando el rectángulo de la pantalla quedó iluminado en blanco. Bashur encendió las luces y, pasándose la manga por la sudorosa frente, soltó un par de pintorescas exclamaciones.

—¡Por todos los soles de la Galaxia!—juró—. ¿Es posible que existan seres tan horribles, señor Parelli?

El Comisario de Inteligencia asintió.

—Así es, en efecto, Majestad —dijo.

Entonces terció Stefan:

—Pero no comprendo para qué se me requiere a mí.

Parelli lo miró fijamente.

—Stefan —dijo—; usted fue el último hombre que estuvo hablando con Ted Farquhart. Estamos informados de que permaneció con él más de dos horas, solos los dos, y estimamos que el señor Farquhart, antes de morir, le hizo partícipe de muchos de sus conocimientos. Necesitamos, a toda costa, saber de qué trataron en su conversación. Esto, naturalmente, puede sernos muy útil para la lucha que es inminente; mejor dicho, que ha tenido lugar ya en algunas partes de la Galaxia, como ya dije antes.

—De modo que ya se han producido algunos ataques, ¿eh?—murmuró el joven.

—Sí, minúsculos, pequeños si se quiere en comparación con lo que nos aguarda, pero síntomas indudables de lo que va a ocurrir, y que no dejan el menor resquicio a la duda.

—¿Se sabe en la forma que fueron producidos estos ataques?

Parelli meneó la cabeza.

—No, no lo sabemos. Es lamentable tener que decirlo, pero es así.

Varios de nuestros puestos fronterizos desaparecieron de la noche a la mañana, sin dejar el menor rastro, y sin que sus ocupantes tuvieran la menor oportunidad de lanzar una señal de socorro, por corta que hubiera sido.

—Pero algún rastro habrán dejado esos ataques, ¿no? —sugirió Bashur —. Cuando se destruye un fuerte, una casa o una edificación, siempre queda algo. Cuando menos un hoyo o un embudo producidos por la explosión que lo hizo desaparecer con todos sus ocupantes.

El comisario de Inteligencia soltó una amarga risita.

—Daríamos verdaderos aullidos de alegría si, como dice vuestra Majestad, tuviéramos al menos un embudo producido por una explosión, para poder así tratar de averiguar qué clase de armas utilizan los andromedanos. Una explosión, sea de la clase que sea, y por fuerte y violenta que sea, siempre deja rastros. En este caso, al menos, no; no ha quedado nada, absolutamente nada.

—¡Eso es imposible!—barbotó Bashur.

—No se puede hacer desaparecer un edificio —terció Stefan calmosamente—, en cuyo interior hay, digamos, media docena de hombre con aparatos e instrumental, como si jamás hubiera existido. Y, aunque lo hicieran desaparecer del todo, siempre quedaría alguna huella, por pequeña y diminuta que fuera, la cual podría ser el hilo del que se sacase el ovillo. Es decir, que así, sabríamos las armas...

A medida que Stefan iba hablando, Parelli movía lentamente la cabeza, denegando a cada una de sus frases. Por último, rio con toda desconsideración, contemplado atónitamente por su auditorio.

—¿Qué huellas pueden dejar unos seres que hacen desaparecer el lugar donde se halla emplazado el puesto fronterizo, con todo su emplazamiento?

Stefan abrió la boca, asombrado.

—¿Quiere decir que esos seres... han sido capaces de hacer desaparecer un mundo entero?

—Exactamente, Stefan. Si el puesto estaba en un planeta, el planeta desapareció, y lo mismo ocurrió si era un satélite o un asteroide. El planeta, el satélite y el asteroide se esfumaron en el espacio como si jamás hubieran existido.

—¡Eso es absurdo! —exclamó Bashur—. Cuando menos, debería haberse, visto el fogonazo de la explosión. Es sabido que actualmente hay proyectiles capaces de incendiar un planeta, de convertirlo en una bomba gigante, pero esto no se hace sin dejar por lo menos la huella de un fogonazo.

—Lamento tener que contradeciros, Majestad —repuso Parelli—, pero no es éste nuestro caso. No hubo proyectiles convencionales; no hubo incendio de planetas o cuerpos celestes, fueran de la clase que fueran; no hubo fogonazos, por la sencilla razón de que no hubo estallido de ninguna clase. Simplemente, un minuto antes, aquel planeta era; un minuto después, ***había dejado de ser***. En su lugar sólo quedaba el vacío más absoluto y aterrador, como el que hay entre dos astros. Esto es todo lo que sabemos de momento.

—Me parece un poco fuerte la historia, la verdad sea dicha sin ánimo de ofenderos, señor Parelli —masculló Bashur.

—Y, sin embargo, es absolutamente cierto. Nuestros servicios astronómicos, incluso los de reconocimiento astronáutico, han dictaminado la absoluta ausencia de tales planetas, satélites o asteroides. No estaban ya en el lugar que habían ocupado desde hacía millones de años. Para cualquiera que ignorase la historia, esos mundos no habrían asistido jamás.

—Lo cual quiere decir —murmuró Stefan—, que el poder de las armas andromedanas debe ser aterrador, cuando pueden hacer desaparecer un mundo con la misma facilidad con que un prestidigitador hace desaparecer el reloj de un espectador complaciente.

—Con la diferencia a favor del espectador, que somos nosotros, que en este caso, no se nos devolverá el reloj, completamente intacto, que son dichos cuerpos celestes, como ocurriría en el teatro donde actuase tal artista.

—¿No habrá algo de cuarta dimensión, señor Parelli? —sugirió Stefan.

El aludido sonrió.

—La cuarta dimensión es algo, por ahora, incapaz de hacer desaparecer un mundo. No; los andromedanos utilizan armas nuevas, completamente desconocidas para nosotros, y cuya eficacia es, por ahora, indiscutible, sin que, para nuestra desgracia, hayamos hallado la que podríamos llamar la antiarma. Antiguamente —se lamentó Parelli—, las guerras eran mucho más sencillas. Si un inventor hacia un proyectil muy potente, otro descubría al momento la coraza capaz

de detenerlo, y viceversa.

El joven iba a contestar, pero se le anticipó Bashur.

—Parelli —dijo con el ceño fruncido—, ¿queréis decir que vais a interrumpir el mejor momento de mi amigo?

—Oh, Majestad —dijo el comisario, extendiendo los brazos con gesto quejumbroso—, no soy yo; es la suerte de millones de seres la que reclama en estos momentos la presencia de Stefan en el Palacio Presidencial.

Moyna se puso en pie repentinamente. Corrió hacia su marido, colgándosele del cuello.

—¿Qué piensas hacer tú, Stefan? Dímelo ahora mismo, cariño; no me tengas sobre ascuas, por favor.

—Esperé durante un año este momento, Moyna, pero ahora, la verdad... —Se volvió hacia el comisario y le preguntó—: ¿No podría aplazarse todo esto durante algún tiempo? De Andrómeda aquí hay mucha distancia y...

—Me temo que no, Stefan —contestó Parelli—, yo soy el primero en lamentar este enojoso incidente, pero debe comprender también que no lo hago por gusto. Ni siquiera por sugerencia mía. Vine únicamente a requerimiento del Presidente.

—¿Quién diablos habrá podido decirle lo de mi conversación con Farquhart en Plutón 50? —habló de modo maquinal, como aislado de los demás.

—Oh, en cuanto a eso —sonrió Parelli —, puedo decírselo. Es la misma hija del difunto Farquhart, Beatriz, ahora secretaria de Frantz, la que le habló de usted. Y naturalmente, el Presidente me envió a buscarle...

Parelli se interrumpió. Fuertes golpes sonaron en aquel momento en la puerta, haciendo a todos volver los ojos hacia la misma. Bashur, con el ceño fruncido, se fue hacia ella, abriéndola de golpe.

Antes de que pudiera lanzar los rayos de su cólera contra el incorrecto, éste, desalado, olvidando el protocolo, se arrojó contra el comisario.

—¡Señor Parelli —gritó—, acaban de informarme que el prisionero

andromedano ha conseguido escapar!

CAPÍTULO III

El capitán Bayaceto Ultrik estaba muy nervioso.

Una de las causas que contribuían a su nerviosismo, que a juzgar por sus lamentaciones le estaba causando una úlcera de estómago, era, en primer lugar, hallarse al mando de un puesto fronterizo en una estrella innominada de la Constelación de Sagitario, puesto que se hallaba instalado sobre un pedrusco celeste que apenas si mediría

doscientos o trescientos kilómetros de diámetro.

La vida en aquel lugar sombrío y solitario, era ya de por sí motivo suficiente para romper el sistema nervioso mejor templado, de modo que al capitán Ultrik le hubiera sobrado el segundo motivo que originaba su nerviosismo, a no ser porque éste era mucho más grave que el anterior.

El capitán Ultrik había oído rumores de que algo raro estaba pasando en los últimos tiempos en los puestos fronterizos de la Galaxia, pero, o nadie se lo había sabido explicar, o no habían querido aclararle de ningún modo las cosas sucedidas, de modo que al nerviosismo había que unir el lógico mal humor con que en los últimos tiempos estaba «regalando» a sus subordinados del P.F. 1833-T, que tal era el nombre oficial del lugar en donde se hallaba.

Para comprobar si tales rumores eran ciertos o por el contrario, infundios esparcidos por los aburridos componentes de alguna guarnición fronteriza, Ultrik había intentado ponerse en contacto con algunos de sus amigos y compañeros de armas que se hallaban en lugares análogos y más próximos al P. F. 1833-T. Algunos de ellos le habían dicho que estaban tan enterados como él; otros, en cambio, habían dado la callada por respuesta.

Ultrik había querido saber qué les había ocurrido a sus amigos que no le daban ninguna respuesta, pero la solicitud de información que envió al Centro de Coordinación de Guarniciones y Actividades Fronterizas le fue devuelta con poco menos que una bronca de órdago.

Y, Ultrik, naturalmente, calló en lo sucesivo; pero el hecho sirvió para que aumentara su irascibilidad, su nerviosismo, su mal humor y sus dolores de estómago.

La reducida guarnición del P.F. 1833-T empezaba ya a motejarlo de capitán Bligh y circulaban rumores y apuestas sobre la fecha del seguro motín que iba a estallar en el pedrusco, cuando un buen día el operador de guardia en los radares le llamó con urgencia.

—¡Capitán Ultrik, capitán Ultrik!

—¿Qué tripa se te ha roto, Martínez?

—Estoy registrando la presencia de un aparato desconocido en la pantalla, capitán.

—¿A qué distancia? —gruñó Ultrik.

Hubo un brevísimo silencio, en tanto el operador establecía los cálculos pertinentes. Luego, dijo:

—A treinta minutos luz, señor.

Ultrik hizo un rápido cálculo mental. A 300.000 kilómetros por segundo… Sí, un minuto tenía… Exacto, unos 540.000.000 de kilómetros.

—¿Qué velocidad lleva ese aparato, operador?

—No se puede calcular, capitán. Vuela muy rápido y la aguja del velocímetro ha rebasado el punto rojo de los diez «parsecs».

—¿Eh? ¿Cómo? —explotó el capitán—. ¡Eso es imposible, operador! No hay nave que pueda rebasar hoy día la velocidad de diez «parsecs» a la hora. Ese aparato…

—¡Es cierto, capitán! ¡Lleva una marcha aterradora…! ¡Se acerca, señor…! ¡Está ya casi encima de nosotros!

El capitán Ultrik podría tener muchos defectos, pero entre ellos no figuraban ciertamente los de la indecisión y, mucho menos, la cobardía. Su dedo índice se apoyó sobre un botón rojo que tenía al alcance de la mano, e instantáneamente una manada de timbres empezó a chirriar en el interior del fuerte sideral.

Al mismo tiempo tomó un micrófono, conectándolo con la red general

—¡Atención!—aulló—. ¡Un aparato desconocido se nos acerca a gran velocidad con intenciones desconocidas! ¡Equipo de cohetes, a sus puestos! ¡Pelotón de choque, a la esclusa norte-A! ¡Operador de radar, lance la señal de alto y reconocimiento!

—A la orden, señor —oyó Ultrik en medio del maremágnum que sus órdenes habían provocada

El capitán Ultrik se colocó al lado de la ventana, mirando hacia el espacio, en dirección hacia donde se aproximaba la nave desconocida. Naturalmente, no podía ver nada, por lo que su gesto era completamente instintivo. Pero aguardaba la salida del pelotón de choque, provistos todos sus componentes de fusiles ametralladores electrónicos, capaces de desintegrar con una descarga sostenida de diez segundos una nave de mediano tamaño, y además, de propulsores individuales que les permitían alejarse hasta unos cuantos millares de kilómetros del asteroide.

Los del pelotón de choque salieron fuera, y hubo uno de ellos, al que por su numeración reconoció Ultrik que, torpe o nervioso en el manejo de su reactor individual, saltó de pronto disparado al espacio.

—¡Eh, Zehay! —aulló el capitán—. ¡Vuelva aquí, pronto, pedazo de estúpido! ¿Quién le mandó…?

El capitán Ultrik no pudo continuar con su sarta de invectivas, porque, de pronto, y en un espacio de tiempo que apenas si duró un microsegundo, sintió que un terrible frío le invadía todo el cuerpo, hasta lo más recóndito de su anatomía. Todo cuanto había ante él, las estrellas, la irregular superficie del planeta, todo se borró cuando él, con todos sus hombres, además, fue borrado a su vez del mundo de los vivos en un ataque tan rápido como traicionero e implacable.

Sin embargo, no murieron todos los componentes de la guarnición del P.F. 1333-T. Hubo uno que se salvó por puro milagro, y este fue el descuidado Zehay, cuyos desorbitados ojos contemplaron un espectáculo como no había visto jamás.

Zehay quedó en el espacio, flotando sin dirección aparente, y hubiera muerto de asfixia a las doce horas, si una antes no hubiera sido avistado por un carguero estelar que lo recogió, cuando ya el infeliz soldado no daba un sol-moneda por su existencia. Zehay fue atendido en la nave «Io» y, una vez repuesto, contó una historia tan inverosímil que, no hallando en su sangre restos de alcohol, el médico de abordo dictaminó que el joven sufría de psicosis claustroespacial, y que si esta

no era bien atendida acabaría en una paranoia, cuya principal manifestación sería el insidioso desarrollo de un delirio razonador, sistematizado, clónico e inmutable, en el cual había una visión como «leitmotiv» que hablaba de algo más negro, horripilantemente más negro que la misma negrura del vacío sideral.

Así, pues, Zehay fue tenido, pese a sus protestas, en constante observación, y a su debido tiempo fue desembarcado en un lugar de donde lo condujeron, junto con el informe del médico de la «Io», a presencia de uno de los jefes de sector fronterizo.

El coronel Bamns no era tonto y al instante se percató de que Zehay tenía de loco lo que él de mandarín chino, de modo que, advirtiendo la enorme importancia que podía tener el testimonio del único superviviente del P.F. 1833-T, lo metió en un cohete «express», como único pasajero, facturándolo con rumbo a la sede de la Presidencia de la Unión Solar. Bamns había hecho aquello porque lo consideraba como su obligación, sin esperar recompensa alguna, pero el viaje de vuelta del cohete le trajo las charreteras de general, lo cual, si no le llenó de confusión, fue porque era un hombre que no perdía la calma ni la sangre fría en las peores circunstancias del mundo. Y, al mismo tiempo que el ascenso, recibió también determinadas instrucciones que Bamns se apresuró a poner en práctica sin perder un segundo.

* * *

El viaje a Altair quedó suspendido momentáneamente ante la gravedad de las noticias recibidas. Sin necesidad de nuevas indicaciones, los cuatro amigos, en unión del comisario Parelli, se trasladaron al Palacio Presidencial, en donde, tras salvar las barreras de control con mayor rapidez de la acostumbrada, fueron conducidos directamente a presencia de Frantz en persona.

El Presidente les dio a conocer a varios personajes que se hallaban alrededor de él, uno de ellos, el coronel general Badiss, jefe de la línea de destacamentos fronterizos de la Galaxia. Y, tras los primeros saludos, Frantz dijo:

—Seguramente les interesará saber algo de la escapatoria de nuestro prisionero, ¿no es así?

Stefan asintió. El Presidente, entonces, tomó de encima de la mesa

varios pañuelos, alargando uno a cada uno de los presentes. Stefan notó que los trocitos de lienzo estaban agradable y fuertemente, perfumados.

Frantz sonrió ante las miradas inquisitivas de Stefan.

—Lo comprenderá dentro de unos momentos. Síganme, por favor.

Frantz se dirigió hacia la puerta que había en un costado de la estancia, tocando un timbre que había allá, junto al marco. Hubieron de esperar unos segundos antes de que alguien, por la parte de adentro, la abriera.

Era un oficial de la guardia, el cual llevaba anudado a la nuca un pañuelo que le dejaba únicamente visibles los ojos. Antes, sin embargo, de que Stefan pudiera darse cuenta de los motivos que impulsaban al hombre a enmascararse, un hedor espantoso invadió su pituitaria.

Era un olor de corrupción que no tenía parecido alguno con los que hasta entonces se conocían y que provocaba estremecimientos de pavor en quienes tenían la desgracia de percibirlo. Stefan se colocó al instante el pañuelo ante las narices, oyendo al mismo tiempo los ahogados gemidos de las damas. El hedor quedó notablemente atenuado, mas, aun así, era claramente perceptible a través del perfume de su pañuelo. En lo más hondo de su alma, Stefan compadeció a los desgraciados que tenían que hallarse en aquella habitación de guardia.

Frantz también debía compadecerles, porque les mandó salir en busca de su relevo. El Presidente habló, con voz opacada por el pañuelo que le cubría el rostro.

—¿Qué le parece, Stefan? Dígame su impresión sin ambages, sin rodeos de ninguna clase.

El joven tardó unos segundos aún en contestar. Antes de hacerlo, quería darse cuenta exacta de lo que habla en la estancia. Giró su vista por todas partes, tratando de percibir los menores detalles de la misma.

Lo primero que vio fue una plataforma cuadrada, de unos cuatro metros de lado sostenida sobre otras tantas ruedas provistas de pequeños neumáticos. Encima de la misma se veían los restos de un caparazón de plástico, dividido irregularmente en dos partes, caído flojamente sobre la plataforma y el suelo, arrugado pero todavía

brillante, con irisados reflejos como los de una gran pompa de jabón que hubiera conservado su estructura después de haber sido reventada. De la base de la plataforma partía un rastro como de un par de metros de anchura, más brillante aun que aquella derruida capa plástica, y que, atravesando toda la estancia, concluía en la puerta por donde acababan de entrar.

Fuera de esto, no había en la estancia otra cosa que varios aparatos científicos, entre los cuales reconoció Stefan un electrocardiógrafo, un encefalógrafo, un microestetoscopio, un osciloscopio de gran sensibilidad, un par de radioscopios enfilados en ángulo hacia la plataforma, y, por último, aparte de unas mesas y sillas que debían haber servido para los médicos y especialistas que habían estudiado científicamente al andromedano, unas cuantas cámaras cinematográficas situadas en distintos puntos de la estancia, con el fin de captar la imagen del prisionero desde todos los ángulos posibles.

La vista del joven se dirigió una vez más al rastro irisado que, partiendo de la ahora vacía plataforma, llegaba hasta sus pies. Luego levantó la cabeza y miró al presidente.

—Honorable —dijo—, ¿quién estaba de guardia aquí cuando el monstruo se escapó?

Frantz titubeó entonces.

—Pues...—y su mirada buscó la del jefe de su guardia; éste se adelantó un par de pasos.

—El capitán Nedeth, señor.

—¿Y dónde está el capitán Nedeth? —preguntó Stefan—. Sería muy interesante escuchar su testimonio.

—Dispénseme, Stefan —dijo el jefe de la guardia—pero el capitán Nedeth no ha sido hallado. Bueno, es un decir; poco rato después, se recibió una llamada en la comandancia de la guardia, diciendo que le dispensaran del servicio por unos cuantos días, ya que las continuas horas de vigilancia en esta cámara, contemplando al andromedano, le habían alterado un poco el sistema nervioso, y que se iba a las montañas a descansar. Que él no había tenido la menor culpa en la evasión del prisionero y que lo demostraría con un informe escrito desde el punto en que ahora se halla.

Stefan se acarició la mandíbula.

—Eso quiere decir que, fuera del capitán Nedeth, nadie se ha dado cuenta de la forma y medios que utilizó el prisionero para evadirse, ¿no es así?

Ninguno de los circunstantes supo dar la menor respuesta a las palabras de Stefan. Éste insistió:

—Alguien tuvo que verlo forzosamente. La habitación no tiene otra entrada que ésta y carece, además, de ventanas por las cuales poder escapar. ¿Cómo se supo que se había evadido el prisionero si nadie lo vio huir?

—Nos enteramos por el teniente Bodsal, que se encontró la habitación vacía al ir a relevar a Nedeth —contestó el jefe de la guardia.

—Todo lo que ocurre es muy extraño —comentó el joven—. Un ser como el andromedano, el cual, a la fuerza, debe ser muy inteligente, puesto que ha hallado el modo de vivir en un medio hostil para su metabolismo como es el nuestro, no puede pasar fácilmente desapercibido. No le cabe siquiera el recurso de echarse una cortina a modo de capa sobre los hombros, porque aun así sería descubierto. Alguien lo tuvo que ver.

—Sí, pero ¿quién? —preguntó Frantz impaciente.

El joven se encogió de hombros.

—Eso ya no es de mi competencia. Supongo que el comandante de la guardia habrá dado ya algún paso en ese sentido, ¿no?

El aludido afirmó:

—Por cierto que sí —dijo—; pero nadie ha visto nada en absoluto.

Stefan lo miró incrédulo.

—Eso es imposible. El andromedano no es un espíritu puro que se desvanezca a través de los muros. En un ser real, tangible… y maloliente —añadió por lo bajo el joven, apretándose aún más el pañuelo contra la nariz.

—Sus palabras son ciertas, Stefan —dijo algo amoscado el comandante de la guardia—, pero las mías no lo son menos.

—No dudo de ellas señor, sin embargo, quiero dejar bien sentado el hecho de que…

Stefan se interrumpió de pronto. En tanto que hablaba, su vista había recaído, de modo maquinal, en uno de los aparatos existentes en la habitación. Extendió su mano hacia él.

—Quisiera saber una cosa —dijo—. Esas cámaras cinematográficas... ¿están cargadas?

Hubo unos instantes de silencio. Frantz estalló al fin.

—¿Trata de sugerirnos si funcionaban en el momento de la evasión del andromedano, Stefan?

—Exactamente, Honorable. Si alguna de esas cámaras funcionó, entonces tendremos un testimonio irrefutable de la forma en que el prisionero consiguió la huida. Porque, aun no conociendo al capitán Nedeth, hay que descartar por completo la idea de un soborno, ¿no es así?

El jefe de la guardia hinchó el pecho.

—Respondería en cualquier momento de Nedeth como de mí mismo, Stefan.

—Lo cual le honra a usted mismo, señor —repuso el joven. Después añadió—: Vamos a ver qué hay dentro de esas cámaras.

—Funcionan a base de cinta visofónica, de modo que esto suprime el revelado y permite su utilización apenas impresionada la imagen— dijo alguien, en tanto Stefan empezaba por una de las cámaras.

El proyector estuvo instalado en pocos momentos. El joven colocó la cinta en su alvéolo y un instante después estaban apagadas las luces. Un rayo de blanca luz salió del objetivo del proyector.

La primera escena que salió en la pantalla interesante mostraba al capitán Nedeth paseándose inquieto y nervioso por la estancia, sin dejar de arrojar frecuentes miradas al prisionero, que parecía inmóvil en su sitio, sin dejar de emitir intensas oleadas de un odio extrahumano que llegaban incluso a cuantos presenciaban la escena grabada en la cinta. El color de la proyección era magnífico y permitía apreciar mucho mejor la situación de las cosas.

Durante un largo rato, que incluso llegó a impacientar a los espectadores, no ocurrió nada. Nedeth bostezó varias veces, quemó casi una docena de cigarrillos, se sentó tres veces, levantándose otras tantas, y se contempló la hebilla de su cinturón cuarenta veces. De

nuevo tornó a sus mecánicos paseos, oyéndose de vez en cuando alguna escandalosa interjección que no había sido proferida pensando en que algún día podía ser escuchada por oídos femeninos.

Una de las veces, Nedeth se detuvo para prender fuego a su enésimo cigarrillo. Al hacerlo, de modo inconsciente, se colocó de espaldas al prisionero.

Moyna gritó repentinamente, sin poderse contener. Alguien, olvidándose de las damas, lanzó una atroz interjección. En la pantalla nació un siniestro sonido, como el de una tela de gruesa seda al rasgarse.

Nedeth también lo oyó, porque se volvió al instante. Se le vio palidecer claramente, en tanto que el color de la epidermis del prisionero adquiría un color que no podía definirse con ninguno de los tonos terrestres. Un violeta sucio que estuviera mezclado con el verde era el más aproximado, y tenía oscilaciones de intensidad que parecían señalar alternativas en el estado de ánimo del andromedano.

El siseo aumentó y, de pronto, un chorro de líquido transparente fue proyectado de la plataforma hacia adelante, envolviendo de pies a cabeza al capitán Nedeth. Si éste gritó o no, es cosa que no podía saberse porque, a partir de este momento, todo se desarrolló en el más absoluto silencio.

Nedeth quedó envuelto en algo que parecía una colosal masa de chicle absolutamente transparente, con violentas irisaciones que refulgían al ser proyectadas en la pantalla. Se le veía luchar denodadamente contra aquella horrenda masa pegajosa, viscosa, que lo envolvía totalmente, pero sus esfuerzos resultaban baldíos, por completo estériles.

Entonces el prisionero salió de su plataforma, dirigiéndose hacia el capitán, cuya boca se abría y cerraba intentando gritar en espasmos de infinito horror. Pero el andromedano no caminaba, se deslizaba simplemente, valiéndose para ello de la sustancia gelatinosa que se había extendido por la estancia

Se acercó al capitán, quien, de pronto, se inmovilizó como una estatua, y lo envolvió totalmente, como si fuera una manta viviente que lo ocultara así a las miradas de los espeluznados espectadores. La manta se agitó con estremecimientos concéntricos que nacían en la parte superior y concluían en el suelo brillante y pegajoso.

De pronto, la manta empezó a hacerse transparente, dejando ver de

nuevo al capitán, quien seguía aún inmóvil. La transparencia aumentó, hasta que la transformación estuvo concluida y el andromedano hubo desaparecido por completo.

Entonces ocurrió algo increíble. Una buena parte de aquel espeso líquido que había envuelto a Nedeth desapareció también, y el cuerpo del capitán emergió a la superficie completamente limpio, como si no hubiera ocurrido nada, Nedeth se frotó las manos con gesto maquinal, como si se sacudiera el polvo, y luego, con paso enérgico se dirigió hacia la puerta, que abrió rápidamente, desapareciendo a continuación.

Treinta segundos más tarde, Stefan conoció que la proyección ya no podía ofrecerles nada más de interés y la cortó. Al encenderse las luces, vio que todos los rostros transpiraban abundantemente y, en un rincón, Bashur, en medio de juramentos, trataba de reanimar a su esposa que se había desmayado a consecuencia de los horrores vistos en la pantalla. Moyna estaba tan blanca como el traje de novia que aún vestía, pero la muchacha había soportado bastante bien la atroz prueba por que acababa de pasar.

El joven miró a Frantz.

—Señor Presidente —dijo —, ya sabemos ahora de qué forma consiguió evadirse el andromedano.

Frantz se pasó una mano por la frente, como si quisiera borrar de ella la visión de pesadilla que aún duraba en su imaginación.

—Horrible, horrible—dijo, francamente amedrentado—. No lo creería de no haberlo visto en persona y...

Se interrumpió súbitamente, mirando despavorido a Stefan.

—¡No, no!—casi gritó—. ¡Eso no; sería demasiado horrible!

Stefan asintió con lentos movimientos de cabeza.

—Pero cierto, absolutamente cierto, señor —dijo.

CAPÍTULO IV

Parecía como si en la estancia se hubiera hecho el vacío repentinamente, tal era el silencio que se desplomó sobre aquel lugar. Todos los presentes pensaban lo mismo, pero ninguno de ellos se atrevía a formular sus ideas en voz alta.

Stefan fue el primero en hablar.

—El andromedano es de raza polimórfica, entre otras cosas más, que todos hemos podido ver, y ahora se encuentra dentro del cuerpo del capitán Nedeth. Nedeth ya no es él, sino un andromedano que ha adoptado su figura para poder estar entre nosotros con entera libertad.

—Pero Nedeth es conocido nuestro y no podrá ir muy lejos sin que lo capturemos —estalló el jefe de la guardia.

Stefan meneó la cabeza.

—Nedeth ha ido ahora a un sitio desde el cual podrá escapar de nosotros, sin probabilidad alguna por nuestra parte de que lo detengamos, a menos que nos demos mucha prisa.

Frantz abrió la boca.

—¿Quiere decir que se encaminó al astropuerto donde tenemos su nave?

—Exactamente, señor; eso es lo que he tratado de sugerir. Nedeth ya no es él, sino un andromedano que conoce perfectamente, cosa lógica, el funcionamiento de sus astronaves y que tratará de alcanzarla para huir definitivamente.

Aquellas palabras tuvieron la virtud de sacar a los presentes de la atonía en que habían caído. El jefe de la guardia salió disparado, al mismo tiempo, que decía:

—¡Voy a dar órdenes para que impidan el despegue de la espacionave andromedana, destruyéndola incluso si es preciso!

El resto salió de aquella terrorífica habitación, pasando a otra contigua, cuyas ventanas abrieron de par en par El aire fresco, además de unas copas de licor y varias tazas de café, fueron elementos que reanimaron notablemente a cuantos habían presenciado en la pantalla el atroz espectáculo del andromedano transformándose en un ser humano y desapareciendo en el interior del capitán Nedeth.

—O por mejor decir —exclamó Stefan —, fundiéndose con éste. El cuerpo del capitán Nedeth le es necesario para el buen logro de sus fines, y por eso se escondió dentro de él. De lo contrario, creo que le hubiera matado simplemente, sin entretenerse en más.

—Pero, ¿por qué ha aguardado tanto tiempo a hacer tal cosa? —dijo el Presidente —. Porque ya hace varias semanas que se encontraba en dicha situación y, ¿no podía haberlo hecho el primer día?

—Señor —dijo Stefan—, ¿no se le ha ocurrido pensar, y dispénseme la franqueza, que el andromedano ha estado durante todo este tiempo estudiándonos? Se ha dejado examinar, soportando impávido todos los «tests» y análisis de que ha sido objeto, pero, al mismo tiempo, él nos ha examinado a nosotros hasta conocernos a fondo. Ahora, si logra huir con su nave, será un valioso elemento para sus congéneres de incalculable rendimiento en la lucha que éstos se disponen a emprender contra nosotros.

Frantz se estremeció.

—¡Cielos, no! —dijo—. Sería espantoso tener varios millares de andromedanos vagando entre nosotros, con nuestra misma forma. No habría ya poder humano que pudiese luchar contra ellos con un mínimo de posibilidades de éxito.

Todos se miraron unos a otros con infinita aprensión, como si cada uno dudase del personaje que tenía a su lado. Bashur soltó un taco de los gordos, teniendo aún a su esposa sostenida por el talle.

El ominoso silencio fue interrumpido repentinamente por la entrada de una persona en la habitación. Stefan volvió la cabeza y vio a Beatriz Farquhart avanzar decididamente hacia el Presidente, dándose cuenta de que la muchacha evitaba mirar a Moyna cuidadosamente.

—Señor —dijo—, traigo noticias interesantes.

—¿De qué se trata?

—Es algo relacionado con el general Badiss. El puesto fronterizo P. F. 1833-T, situado en la constelación de Sagitario, fue destruido por un ataque andromedano.

—¿Cómo dice usted, señorita? —estalló Badiss.

—La que ha oído, general. Sin embargo, he de decir que, afortunadamente, hubo un superviviente, el cual acaba de llegar en

estos momentos. Dada la urgencia del caso, me permití dar órdenes de que lo trajeran aquí inmediatamente.

—¡Hágalo pasar! —exclamó Frantz vivamente, y unos momentos más tarde un hombre, vestido con el negro uniforme de su cuerpo, en cuyo rostro se veían todavía las señales de los sufrimientos morales por los que había atravesado, penetró en la estancia.

El hombre se llevó la mano a la frente.

—Soldado Zehay, del Cuerpo de...

—¡Está bien, está bien! —dijo Frantz, impaciente—. Vayamos al grano. Cuéntenos qué ocurrió cuando su puesto de vigilancia fue atacado.

Zehay parecía aturdido al hallarse en presencia de tantos personajes. Stefan se compadeció de él y, para animarle, le sirvió una taza de café en la cual vertió una buena dosis de coñac terrestre. E1 soldado la despachó de un trago e inmediatamente los colores afluyeron a su pálido rostro.

—Verá, señor... —empezó diciendo—. En realidad... yo no sé mucho. Recuerdo que el capitán Ultrik ordenó al pelotón de choque que saliéramos fuera para repeler cualquier ataque enemigo. A mí... me avergüenzo de ello, pero no sé qué me pudo pasar en mi reactor individual que, de pronto, me lanzó al espacio, alejándome unos dos o tres kilómetros del asteroide antes de que pudiera rectificar el rumbo. Entonces... ya no pude volver, porque el puesto había desaparecido, junto con el asteroide. Como si nunca hubieran existido el uno y el otro, señor, se lo juro —concluyó patéticamente el soldado.

—Bueno, pero los atacantes usarían alguna arma cuyos efectos pudieran verse, ¿no es así?—inquirió Stefan.

—No lo sé, señor. De repente... el asteroide estaba allí y, de repente, ya no estaba. Yo mismo pasé un montón de veces por el lugar que aquel pedrusco había ocupado en el espacio, hasta convencerme de que había desaparecido por completo. Y no estaría contándolo si un carguero no me hubiera recogido casi cuando ya había agotado mi reserva de aire.

—¿Hubo alguna explosión, algún fogonazo que pudiera indicar se había empleado alguna bomba de gran calibre? —preguntó Stefan.

—No, señor. No hubo nada, ya lo he dicho. Fue como si borraran el

asteroide de un encerado en el cual estuviera pintado. Desapareció súbitamente; eso es todo.

—Es increíble. Un asteroide de trescientos kilómetros de diámetro no puede esfumarse así como así. Es una masa de varios cientos de millones de toneladas que...

Zehay interrumpió al general Badiss.

—Dispénseme, señor, pero así fue. Acaso tome usted esto como una insolencia mía, pero yo no puedo inventar una cosa que no existe, señor.

—Nadie le dirá nada, Zehay —le tranquilizó Stefan—. Sin embargo, nos interesaría mucho que usted tratase de recordar algún detalle, por pequeño e insignificante que fuera. Aunque sea verdad, es muy fuerte eso de hacer desaparecer un puesto fronterizo, junto con el astro en que se hallaba, sin dejar el menor rastro.

—¿Y cómo iba a dejar rastro si aquel rayo negro se lo comió, señor?

Los ojos de Stefan se dilataron enormemente.

—¿Qué ha dicho usted, Zehay? Repítalo, por favor. Eso de un rayo negro no acaba de sonarme muy bien, la verdad. Recuerde que el espacio, en el vacío, se ve absolutamente negro. ¿Es que hay algo más negro que el vacío mismo, Zehay?

—Sí, señor. Por lo menos yo lo vi así. Y en aquellos momentos no me encontraba asustado ni nada que se le pareciera. Un poco molesto conmigo mismo, pensando en la reprimenda que me iba a echar luego el capitán Ultrik por mi falta de maña en manejar el reactor individual, pero nada más.

—¡Déjese de rodeos y vaya al grano!—bufó Badiss—. Explique de una vez qué diablos es ese misterioso rayo negro.

—No lo sé, señor; yo sólo cuento lo que vi. Mejor dicho, lo que no vi, porque de repente pareció como si el espacio desapareciera delante de mis narices. Hasta las estrellas se borraron unos momentos, reapareciendo después. Parecía como si hubieran echado un telón que me impidiera la visión frontal.

—¿No puede calcular la distancia a que se hallaba usted de ese rayo negro, Zehay? —interrogó Stefan.

—No, señor, pero sabiendo la que me separaba del asteroide…

—Ese rayo negro, ¿era lento o rápido? —siguió el joven.

—Para mí que debía de ser muy rápido, señor. Apareció, sí esta palabra vale, de repente, y luego desapareció, dejando ver de nuevo las estrellas. Para cuando tal cosa ocurrió, el puesto fronterizo ya no existía.

—¿Qué tiempo duró aquello, Zehay?

—No lo sé exactamente, señor. Todo ocurrió muy rápido, dejándome completamente estupefacto, sin embargo, no creo durase más allá de unos pocos segundos, ocho o diez, a lo sumo; y quizá lo eche largo.

—De modo que aquella cosa parecía ser más negra que el espacio mismo, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Opina usted que pudo ser causada por alguna nave extraña, Zehay?

—Lo ignoro, señor.

—¿Es que no vio usted ninguna nave en las proximidades del asteroide?

—Lo único que sé es que Martin, el operador de guardia, la detectó. Pero yo no pude verla.

—En efecto —dijo Stefan, acariciándose el mentón—; es imposible ver una nave que viaja a velocidades hiperlumínicas. Pero…

—¡Aguarde un momento, señor! —dijo Zehay de pronto—. Hay un detalle del que no me había dado cuenta. Sí, ahora lo recuerdo. Entonces me extrañó, porque es la primera vez que me había ocurrido. Después de que el rayo negro hubo desaparecido, sentí una especie de remolino que me agitó en el espacio. Yo tenía parados los reactores individuales y fui atraído hacia el lugar en que se había producido aquella oscuridad, como si unos hilos invisibles tirasen de mí. Pero no fui en línea recta, sino dando muchas vueltas sobre mí mismo, a la vez que subía y bajaba distancias de varios centenares de metros en una forma muy agitada que llegó a marearme grandemente.

—Eso que dice es muy interesante, Zehay. Dice que le ocurrió apenas hubo desaparecido el asteroide, ¿no es así?

—Cierto, señor; y no crea que no me extrañó. Una vez me ocurrió algo muy parecido en un planeta tipo Tierra. Yo me estaba bañando en un río y unos tipos pasaron con una canoa a motor muy cerca de mí. Por poco me ahogo en los remolinos de la estela.

—¡Ah! Y ahora le pareció que aquello era también una estela, sólo que mucho mayor, ¿verdad Zehay?

—Exactamente, señor. Una estela de proporciones gigantescas, pero absolutamente invisible. No duró mucho la cosa, por supuesto; ni siquiera un minuto. Pero a mí me costó recobrarme del mareo lo menos diez.

Stefan miró a Badiss.

—General —dijo—, yo ya he terminado con su hombre. Ahora queda a su disposición.

Éste dijo:

—Gradas. Puede irse, Zehay. Me encargará de que le concedan unas cuantas semanas de descanso; creo que se lo merece.

—Gracias, señor —saludó el soldado, ahora con más ánimos que antes, retirándose.

Cuando Zehay se hubo retirado, Frantz miró especulativamente a Stefan.

—¿Tiene usted formada alguna hipótesis sobre el particular? —inquirió.

El joven denegó con la cabeza.

—No, señor, excepto que lo que nos ha contado el soldado indica que el arma que usaron los andromedanos es algo completamente nuevo y, por supuesto, desconocido para nosotros. Estoy profundamente intrigado por su descripción, señor.

Frantz comentó:

—Habló de una oscuridad aún más negra que la del espacio, Stefan.

—¿No será que usan algún gas disolvente, lanzado en chorros de gran tamaño? —sugirió Badiss—. Nosotros tenemos algo parecido, sólo que, claro está, en proporciones infinitamente más pequeñas. Grandes concentraciones de nuestro gas disolvente, mezclado con otros que le

dieran ese color negro, podrían dar como resultado, utilizándolo a enormes presiones, disolver hasta una persona o dos. Nunca, desde luego, un asteroide del tamaño que hicieron desaparecer tan misteriosamente.

—¿Qué le hace pensar que se trata de un gas, general?—preguntó Stefan.

—Los remolinos en que se vio envuelto Zehay. Eso no le hubiera ocurrido de hallarse en un lugar completamente en el vacío, siquiera momentáneamente. Habló de una estela…

Stefan movió la cabeza.

—No, no creo que se trate de un gas —dijo—. Se necesitarían enormes concentraciones del mismo para dar resultado práctico y una verdadera flota de astronaves tan sólo para destruir un cuerpo celeste como el asteroide en que se hallaba Zehay. Esto que ocurrió es un misterio, cuya revelación nos va a causar grandes dolores de cabeza.

—Pues entonces… —empezó a decir Frantz.

Pero en aquel momento sonó un zumbador. Beatriz oprimió el mando de contactó de la visoplaca, en la cual se reflejó al instante el rostro del jefe de la guardia.

—¿Está el Presidente? —inquirió.

—Si —contestó la muchacha, apartándose a un lado—. Honorable…

Frantz se colocó de modo que el objetivo receptor del aparato le enfocara el rostro y así se le viera en la visoplaca del otro lado del hilo.

—¿Qué noticias me da, Smooker?

—Bastante buenas, señor. Tenemos localizado al capitán Nedeth en el espaciopuerto «Horacio Nelson». Consiguió llegar hasta la nave, pero no le dimos tiempo a despegar. La tenemos inmovilizada mediante procedimientos de múltiple gravedad que impiden su despegue del suelo. Ahora solamente espero sus órdenes, señor.

Antes de que Frantz pudiera contestar Stefan le tocó en el hombro.

—Me gustaría verlo en persona, señor. Es decir, si usted me lo permite.

El Presidente asintió, volviéndose luego hacia la fonoplaca.

—Aguarde hasta que llegue Stefan, Smooker. Después resolveremos sobre el asunto. Lo importante es que Nedeth no salga del espaciopuerto, ¿entendido?

Bashur frunció el ceño mirando al joven.

—¿Acabas de casarte y ya piensas abandonar a tu mujer, Stefan? ¿Qué clase de marido eres? Si yo estuviera en tu pellejo...

El joven no contestó, pues tenía a la muchacha cogida por el talle con ambas manos.

—¿Sabrás dispensarme, cariño? Ve a la nave de Bashur con ellos; cámbiate de ropa y aguárdame allí; antes de un par de horas estoy allí y emprenderemos nuestro viaje de novios. ¿Te parece bien?

Moyna procuró ocultar valientemente la decepción que sufría. Asintió sonriendo.

—Lo que tú digas, amor mío —dicho lo cual le besó apasionadamente. Unos momentos más tarde Stefan, acompañado del general Badiss, salía en el más rápido de los vehículos hacia el espaciopuerto.

CAPÍTULO V

La escolta les abrió paso fácilmente por entre el denso tráfico aéreo de la capital. Los canales de tránsito estaban atestadísimos de toda clase de vehículos que iban y venían, ajenos sus ocupantes al gravísimo riesgo que se estaba cerniendo sobre la vida de cuantos habitaban la Galaxia. Los ultrasonidos de los vehículos de escolta, reflejándose en las pantallas detectaras de los helicópteros a reacción, hacían que éstos se apartasen a un lado, para

dar paso al que llevaba en sus asientos al general Badiss y a Stefan, el cual recorrió el espacio que separaba la residencia del Presidente del espaciopuerto en un tiempo excepcionalmente breve.

El conductor del vehículo guió el mismo hasta un punto del astropuerto, apartado notablemente de las pistas de despegue,

rodeando al cual se veían media docena de lo que en principio parecían antediluvianos carros de asalto.

Los tanques, montados sobre orugas sin fin, sin la menor solución de continuidad en las cintas metalicoplástico que las formaban, tenían sobremontado sobre su torreta una especie de reflector o proyecto; de gran diámetro, casi dos metros cuando menos, muy semejante a un embudo bastante hondo, de gran brillantez, desprovisto de cristal en su parte anterior, encarados todos ellos hacia la nave andromedana. Ésta aparecía suspendida a medio metro del suelo, como si hubiera intentado despegar y contenida en el momento oportuno por las enormes descargas de alta gravedad que en todo momento, de forma incesante, fluían de los proyectores gravitatorios.

La nave andromedana respondía al tipo convencional de los llamados «platos voladores». Mediría unos treinta metros de diámetro por siete u ocho de grosor, sobresaliendo de su parte superior la que parecía ser cabina de mando, la cual no era semiesférica como cabía suponer, sino, que adoptaba la forma de un poliedro de muchas caras, brillantes, como facetas de un gigantesco diamante e incluso pareciendo de vidrio, pero sin que pudiera divisarse nada de su interior. La cabina tenía unos seis metros de anchura por dos de alto y era bastante achatada. El resto de la nave parecía de metal, pero de un metal no conocido en ninguno de los planetas de la Unión Solar, oscuro, casi negro, reluciendo siniestramente bajo los claros rayos del sol que la iluminaba brillantemente. En uno de sus lados, al pie de la cabina poliédrica, se vela una especie de orificio circular, muy semejante a la boca de un cañón, de un metro y medio de eje aproximadamente. A la izquierda de este orificio se veía la portezuela de acceso a la nave, situada a dos metros del suelo, casi en el borde del colosal platillo, y unida al suelo por una corta escala de gato que, evidentemente, no pertenecía al siniestro aparato.

El coronel Smooker les salió al encuentro. Aparte de los carros de asalto que inmovilizaban la espacionave andromedana, se veían numerosos soldados, Marinos del Espacio, formando un espeso cordón en torno a la misma, todos ellos armados con fusiles electrónicos, además de un par de baterías de piezas de lo mismo, situadas a pocos metros detrás del círculo de tropas. El silencio era absoluto, ominoso trágico.

Smooker saludó llevándose la mano a la frente.

—A sus órdenes. No tenernos ninguna novedad por ahora.

—¿Y el capitán Nedeth?

—Está ahí, dentro de la nave. Le hemos intimado a salir, pero se ha negado rotundamente. No nos hemos atrevido a utilizar las armas para no dañarle, entendiendo que puede sernos más útil vivo que muerto.

—Hizo bien, coronel —dijo Stefan, mirando hacia la abierta puerta de acceso. De pronto exclamó—: Voy a ver a Nedeth.

—¿Eh? ¿Qué está diciendo?

—Le matará, Stefan; no lo haga.

El joven sacudió la cabeza.

—Dudo mucho que intente nada contra mí. Es más; estoy por asegurar que tiene tanto miedo como nosotros. Pero —aquí bajó la voz—, por favor, que no nos oiga.

Badiss y Smooker se enderezaron, muy ofendidos. El joven sonrió y pidió un arma.

—Bastará con una pistola corriente —dijo—. Una electrónica, caso de tener que utilizarla, lo mataría instantáneamente, y eso no nos conviene.

Alguien trajo al cabo de un buen rato el arma pedida. Stefan se quitó la chaqueta de gala que todavía llevaba puesta y se metió la pistola en la pretina del pantalón, Sintióse enormemente ridículo al verse vestido de aquella forma, en comparación con los funcionales uniformes de los soldados, pero, olvidándose de este pequeño detalle, avanzó resueltamente hacia la portezuela de la nave, ávidamente contemplado por miliares de curiosas pupilas.

Trepó por la escalerilla de un salto, pero apenas lo había hecho creyó que el mundo se le desplomaba encima. Cayó de bruces sobre el pulido metal de la nave, ahogándose, sin apenas poder respirar.

Comprendió al instante lo que le había ocurrido: había entrado en la zona de alta gravedad, y su peso, en aquel momento, era al menos cinco o seis veces el normal. Volviéndose sobre sí mismo, con grandes esfuerzos pidió, jadeante;

—Por favor... suspendan... la acción del proyector de este... lado... De lo contrario... no voy a poder... dar un paso...

Smooker hizo una señal con la mano y al instante desapareció la opresión que abrumaba al joven. La nave se estremeció ligeramente, como si quisiera despegar, lo cual provocó un unánime grito, fuera de toda disciplina, en el cordón de tropas.

Pero no ocurrió otra cosa que una leve elevación, en aquel lado, de varios centímetros. Stefan se puso en pie y recorrió el corto espacio que le separaba do la puerta.

Una vez allí se detuvo unos instantes, vacilando. Pero en seguida, tras una breve indecisión, se metió dentro, sintiendo en la nuca el impacto de cientos de ansiosas miradas.

Descendió por una suave rampa, conteniendo un instintivo grito de admiración al ver el maravilloso interior de la nave, que denotaba un elevadísimo grado de civilización en los seres que la habían construido. Raudales de luz penetraban por la cristalina cúpula, proyectando un magnífico brillo a todo cuanto allí había, máquinas, aparatos, instrumentos, de una forma y una construcción como Stefan no había visto jamás. La luz, efectivamente, penetraba por la cúpula poliédrica, pero, en lugar de hacerlo en condiciones normales, parecía como si todo el aparato fuera transparente, de modo que las ondas lumínicas se difundían de un modo agradable, suave, en modo alguno dañino a la vista, antes bien, proporcionando un grato descanso a las pupilas mortificadas por el duro sol del exterior.

No había compartimentos en la nave, a lo que pudo apreciar el joven. Todo el interior era una sola cámara de gran tamaño, algo menor, naturalmente, que el casco, lo cual hizo suponer a Stefan que la maquinaria que movía aquel extraordinario ingenio se hallaba colocada en todo su alrededor, entre los ovalados mamparos de la cámara y el borde exterior del plato. Tampoco se veían mesas o sillas, cuando menos muebles adaptados a la anatomía humana. Fuera del instrumental que Stefan supuso de control y manejo, el interior de aquel extraordinario artefacto no podía ser más espartano.

Pero el capitán Nedeth estaba allí.

Stefan lo miró con una expresión de pena retratada en su semblante. Compadecía de veras al desgraciado, en cuyas facciones se veían sentimientos completamente contradictorios. Su cara denotaba un intenso sufrimiento, más moral que físico, en tanto que de sus pupilas brotaba un aura de odio intolerante, repelente, extrahumano.

El joven trató de dominarse y dio un par de pasos hacia el infeliz.

Éste, silenciosamente, retrocedió otro tanto.

Alzó una mano con la palma vuelta hacia el capitán.

—No temas—dijo—; nadie piensa hacerte el menor daño.

Silencio. Nedeth apretó los labios, en tanto que un doloroso espasmo recorría todo su cuerpo.

—Sufres, ¿verdad? ¿Cuál de los dos es el que sufre: el humano o el originario de Andrómeda?

Los ojos de Nedeth parecieron incendiarse. Stefan sintió como si unos dedos intangibles trataran de hurgarle en su cerebro y, sin poderse contener, retrocedió un paso. Se dio cuenta de que el andromedano contenido en el cuerpo de Nedeth intentaba sojuzgarle por medio de sus poderes mentales. Pero también no era menos cierto que estos poderes estaban grandemente limitados por la apariencia humana que, para intentar la huida, se había visto obligado a adoptar, lo cual hizo que Stefan se felicitara a sí mismo. De hallarse el andromedano en su estado original, lo hubiera dominado en un segundo.

Reaccionando, avanzó hacia él.

—Te repito que nadie quiere hacerte el menor daño, Nedeth. Solamente trato de hacerte unas preguntas.

La boca del capitán se abrió, emitiendo unos sonidos que no parecían haber sido pronunciados por un humano. En el primer momento Stefan creyó que venían de lo más profundo del espacio, tal era el extraño timbre de la voz del capitán.

—No quiero hablar contigo, humano. Ni con ninguno de los tuyos. Márchate y déjame libre.

—¡Ah, ah! —rió Stefan—. Eso es precisamente lo que no puedo hacer: dejarte en libertad. Acaso lo consiguieras si me dijeras quién eres, cómo te llamas, de dónde vienes, cuáles eran tus propósitos y qué es lo que intentáis hacer con nosotros, los habitantes de esta Galaxia.

—No te diré mi nombre, no te diré nada, márchate.

—Lo siento, amigo; pides algo que no puedo concederte. Vamos, vamos; no me temas; yo sólo trato de hablar amistosamente contigo.

—Los de Andrómeda no tenemos otros amigos que los de nuestra

propia raza. Vete, terrestre, vete.

Stefan meneó la cabeza, avanzando hacia Nedeth con los brazos ligeramente abiertos y las palmas vueltas hacia él.

—Nadie quiere hacerte daño, Nedeth —el joven le daba este nombre a falta de otro—; solamente queremos que nos contestes a unas cuantas preguntas, las cuales ya sabes cuáles son.

—Te odio, terrestre; te odio a ti y a todos los de tu raza. Vais a ser exterminados y nadie de vosotros sobrevivirá a nuestro ataque.

—¡Ajá! De modo que reconoces implícitamente que tratáis de conquistarnos, ¿eh? Nedeth, sabemos que utilizáis armas desconocidas para nosotros. ¿Cuáles son? ¿En qué se basan?

Nedeth no contestó; en lugar de ello se replegó aún más sobre sí mismo, encogiéndose casi totalmente. Aquello inspiró un profundo sentimiento de lástima al joven, quien, sobreponiéndose a ello, avanzó hasta casi situarse frente a su enemigo.

—Sabemos que has logrado infiltrarte dentro del cuerpo del terrestre Nedeth. Vimos cómo lo hacías, lo cual nos dijo que los andromedanos sois una raza poderosísima y muy civilizada, cosa que me confirma el interior de esta maravillosa nave. Para nosotros sería muy interesante entrar en contacto pacífico con vosotros. ¿No sería posible que…?

- ¡No! ¡Nunca! ¡Andrómeda sólo es amiga de Andrómeda! ¡Las demás razas del Universo no cuentan; sólo merecen un absoluto y total exterminio!

—Muy bien —aprobó el joven con una sonrisa—; Lúculo come en casa de Lúculo. Pero olvidáis que, puesto a ser fiera y salvaje, un humano puede ganar a cualquier otro ser, andromedano o no. Y si vosotros nos atacáis despiadadamente, nuestra respuesta será más despiadada aun que la vuestra.

Una mueca de burla curvó los labios de Nedeth.

—No tenéis nada que pueda resistir a nuestras armas, terrestre. Somos invencibles y os destruiremos apenas comience el ataque con toda facilidad.

—Muchos dijeron lo mismo y luego vino el llanto y el crujir de dientes —suspiró Stefan—. ¿Y qué más?

Nedeth se encerró en un hosco mutismo, Stefan, fingiendo indiferencia hacia él, dio media vuelta, acercándose a uno de los costados de la cúpula encristalada. Para mirar a través de ella era preciso subir a una plataforma circular, situada a todo lo largo de su base, unida con el suelo por una suave rampa idéntica a la de la entrada.

Stefan trepó a la plataforma, asomándose a la vidriera. Apenas lo había hecho se le escapó una asombrada exclamación.

¿Qué poderosa inteligencia era la de aquellos seres que les permitía construir tales maravillas? Stefan no hubiera dado nunca crédito a lo que le estaba ocurriendo, a no ser porque era un testigo directo y presencial de aquel increíble suceso y él no se podía engañar a sí mismo.

Desde fuera no se veía nada del interior de la nave, pues los cristales de la cúpula poliédrica, aun siendo de una gran brillantez, eran opacos. Pero, en cambio, si se podía ver el exterior desde el punto en que se encontraba el joven, cosa que no hubiera tenido nada de particular, puesto que ya hacía siglos que se fabricaban vidrios que sólo permitían la visión desde uno de sus lados.

Lo mismo que los de la nave de Andrómeda, excepto que éstos poseían una curiosísima particularidad, que hizo pensar al joven en los cuentos de brujas. Estos vidrios permitían por completo el paso de la luz solar, refractándola y dispersándola en todas direcciones, lo cual proporcionaba una esplendente iluminación al interior de la nave. Pero, en cambio, mirando hacia afuera a través de los cristales, todo se veía negro, absolutamente negro, con una oscuridad total, como si la luz hubiera sido suprimida de repente en todo el Universo. Y aún había más:

Fuera del aparato todo era negro, negro por completo. Sin embargo, aquella negrura parecía ser transparente, puesto que permitía la visión de cuanto había en el exterior, sin que se perdiese el menor detalle, pese a tal cúmulo de tinieblas. Realmente era algo como para volver loco al más sensato.

Stefan parpadeó una y otra vez hasta que se hubo convencido de que todo aquello era verídico y no una pesadilla. Al cabo de unos minutos de estupefacta contemplación se volvió hacia Nedeth. Tenía que hacerle unas cuantas preguntas.

Pero entonces vio algo que hizo erizar sus cabellos. Se estremeció sin poderío remediar.

La epidermis de Nedeth estaba brillante, cubierta de millones de minúsculas gotitas de sudor, que le brotaban por todos los poros de su cuerpo. Tenía las facciones desencajadas, distorsionadas, convulsionadas en una mueca de imposible e infinito sufrimiento.

Olvidando todo, Stefan saltó hacia el desgraciado con ánimo de auxiliarlo. Pero Nedeth lo rechazó con un horrendo aullido.

—¡Déjeme, no me toque!

—Nedeth, Nedeth, ¿qué le ocurre? Dígamelo, por favor; soy amigo suyo.

Una lívida espumilla apareció en los amoratados labios del capitán, quien, de pronto, se retorció sobre sí mismo, presa de tetánicas convulsiones. Stefan trató de sujetarlo, pero fue arrojado a un lado con terrible violencia, con la misma facilidad qué si hubiera sido un palillo de dientes.

Al caer, su cabeza chocó contra un mamparo. El golpe lo proporcionó un momentáneo aturdimiento, pero no tanto que no se diera cuenta de que Nedeth, contraído su rostro en una demoníaca expresión de furia, se abalanzaba sobre él, con los brazos extendidos, intentando estrangularle.

Horrendos sonidos, extrahumanos, partían de la espumajeante boca del capitán. Los dedos de éste tocaron la garganta de Stefan.

El joven no vaciló un momento. Le repugnaba lo que iba a hacer, pero, además de conservar su vida para sí y para Moyna, estaba en juego la de billones de seres de la Galaxia, los cuales podían salvarse si lograba desentrañar el misterio de las armes andromedanas. En un gesto increíblemente veloz sacó el revólver y disparó.

En vano fue que Stefan tratara de detener la homicida acción de su antagonista con un disparo. Las manos de Nedeth se cerraron sobre su garganta, oprimiéndola con terrible fuerza. Stefan sintió que los pulmones se le hinchaban hasta el punto de que parecían ir a estallarle. Accionó el gatillo hasta que sintió que el cuerpo de Nedeth se relajaba y las manos le soltaban la garganta.

El capitán rodó a un lado, quedando en el suelo de la nave boca arriba. Entonces Stefan vio algo horrible, espeluznante.

Nedeth tenía en el cuerpo seis orificios de bala, casi todos ellos en el pecho. Pero en lugar de salirle la sangre en copiosa hemorragia

brotaba de ellos una sustancia espesa, siruposa, de un color violáceo, con repelentes irisaciones verdosas, que se iba expandiendo lentamente por el suelo, al mismo tiempo que de él brotaba un nauseabundo hedor que estuvo a punto de derribarle con más seguridad que el estrechón que había sufrido unos instantes antes en la garganta.

El joven se puso en pie, vacilando acerca de su comportamiento. Pero entonces advirtió en les ojos de Nedeth, todavía milagrosamente vivo, una rara expresión.

La mano del desgraciado se agitó débilmente, como llamándole. Olvidando todas sus aprensiones, Stefan se arrodilló junto a él.

—¿Quiere decirme algo, Nedeth?

El herido asintió.

—Si...—jadeó con un susurro de agonizante—, si... amigo... hermano terrestre... Ya me he librado da esta fiera... Tengo mucho que decirle...

—De acuerdo, capitán. Pero, antes de nada, vamos a intentar curarle. No niego que se está muriendo, pero si nuestros médicos le cogen a tiempo, podrán salvarle. No veo que esté perdiendo sangre, de modo que...

Nedeth emitió un ronco sonido, como queriendo detener al joven. Éste se puso en pie y dio un salto en dirección hacia la puerta. Se asomó a ella y gritó.

--¡Un médico, pronto! ¡Es muy urgente; Nedeth está muriéndose y quiere hacernos una declaración!

Smooker se puso a chillar a voz en cuello, provocando con sus órdenes un sensacional maremágnum. Numerosos hombres corrieron de un lado para otro, y Stefan, satisfecho de su resolución, dio media vuelta para regresar al interior de la nave.

Pero en aquel momento algo le golpeó la espalda con no mucha fuerza, la suficiente, sin embargo, para arrojarlo hacia adelante, haciéndole caer de bruces.

Antes de que pudiera incorporarse, sintió que la nave se elevaba con fulmínea rapidez en el espacio.

CAPÍTULO VI

Al oír la petición de Stefan, Smooker empezó a dar órdenes, Una de las cuales fue la da desconectar los proyectores de cargas gravitatorias. En el mismo momento, el general Badiss ponía el pie en la escala de gato que proporcionaba el acceso a la nave.

De pronto, Badiss se encontró dando volteretas por el aire. Afortunadamente para él, no cayó de cabeza, pues de lo contrario se hubiera desnucado.

Pese a esto, creyó que todos los huesos se le habían roto al duro contacto con el suelo del espaciopuerto.

Antes de que pudiera preguntarse qué le había ocurrido, oyó un grito de unánime asombro. A su lado, Smooker comenzó a jurar como el piloto de un carguero astronáutico cuando tiene que hacer una corrección de rumbo no prevista en la ruta de viaje y el combustible le anda escaso.

Boquiabierto, Badiss olvidó sus dolores. Preguntó de una forma más bien estúpida:

—¿Qué ha ocurrido, coronel?

Smooker estaba arrancándose los cabellos a puñados.

—¡He sido yo! —clamaba—. Yo, que di la orden de desconectar la acción de las cargas gravitatorias. ¿Quién diablos iba a suponerse que esa maldita máquina tuviera aún los motores en funcionamiento?

—Pero, bueno, ¿puede saberse qué es lo que ha pasado?

—¿No lo está viendo? La nave ha desaparecido. Arrancó en una centésima de segundo antes de que pudiéramos detenerla.

Badiss elevó su vista al cielo, impoluto, azul, sin una mácula, restallante de luz bajo los ardores del astro solar.

—¡Cielos, qué maravilla!—exclamó.

—La maravilla —contestó Smooker —, pero en sentido negativo, es

que con la nave se ha perdido el único hombre que podía habernos dicho algo de esos malditos andromedanos, a saber: Stefan,

—¿Cómo? ¿Qué está diciendo, Smooker?

—Lo que oye —contestó amargamente el coronel—, quien ya se veía degradado de rango y reducido al de un simple soldado, destacado en el más mísero de los asteroides —. Y todo ello se me debe a mí, ¡a mí, maldito cíen veces, por ser tan estúpido!

Badiss se puso en pie.

—Con invectivas no adelantamos nada, coronel. Lo mejor que podemos hacer es informar al Presidente de lo que ha ocurrido, cosa que haré yo. Usted tiene que hacer algo que tampoco tiene nada de agradable.

—¿Qué es ello? —tembló Smooker.

—Vaya al astropuerto «Willy Ley». Allí está la astronave real de Bashur. Allí hay una esposa que acaba de quedarse sin marido. ¿Comprende lo que quiero decirle, coronel?

—Sí, señor; a la orden, señor —saludó Smooker laciamente, encaminándose renuentemente a cumplir la orden recibida.

Bashur llenó con sus atronadores gritos el interior de su cámara al enterarse de la desagradable noticia. Cubrió de improperios al coronel, el cual, con loable franqueza, se confesó como único autor del desaguisado, y, no pareciéndole esto al rey de Altair suficiente, cubrió de descorteses improperios a los antepasados de Frantz, de Badiss y de todos cuantos habían intervenido en el asunto.

Mientras Dynia, su real esposa, atendía a la inconsolable Moyna, la cual, lógicamente, estaba desolada, completamente abatida, no sabiendo si a aquellas horas debía cambiar el blanco de su traje nupcial por las negras tocas de la viudedad o, por el contrario, había algún resquicio de esperanza, Bashur tomó una resolución.

—Voy a salir al espacio, coronel, y trataré de hallar a mi amigo, cueste lo que cueste. Ahora mismo mi Jefe astrogador le dará una posición en la carta de la Galaxia, y usted me hará el favor de enviar un mensaje «express» a Altair con el fin de que los Cuerpos de Exploradores números Doce y Veintidós salgan a mi encuentro. ¿Me ha entendido?

—Sí, sí, Majestad... —balbuceó el aterrado Smooker—. Así se hará...;

como vuestra Majestad desea.

—Pues basta ya, y quítese de mi vista cuanto antes, majadero, estúpido. La culpa no la tiene usted, sino yo por no haberle arrancado a ese animal de Stefan las orejas antes de permitirle ir a examinar esa condenada nave.

Pocos minutos después la nave real despegaba del espaciopuerto, dispuesta a comenzar la búsqueda de Stefan, cosa poco menos que imposible, puesto que la Galaxia era un gigantesco pajar y la nave andromedana una microscópica aguja.

Y varias horas más tarde, con el debido permiso, una nave ultrarrápida, tripulada por una sola persona, despegaba también de otro astropuerto con un rumbo solamente conocido por su ocupante y el presidente Frantz, que había concedido el permiso para tal vuelo astronáutico.

* * *

Durante unos momentos Stefan permaneció tendido en el suelo de la nave, más por el asombro en sí que por la aceleración provocada por el repentino despegue, la cual, merced quizás a instrumentos desconocidos para él, apenas se notaba en el interior del artefacto. Mas no tardó mucho en incorporarse, lleno de un lógico asombro, sin comprender aun lo que había ocurrido y, sin poderse contener, corrió hacia la cúpula transparente.

Miró hacia abajo. El planeta se alejaba de el con fulmínea velocidad, disminuyendo rapidísimamente de tamaño. En unos pocos momentos se perdió de vista, quedando únicamente a su alrededor el negro espacio, cuyas luminosas estrellas parecían mirarle con fría expresión de burla.

Un gemido le arrancó de pronto de su estática contemplación. Recordó al desgraciado Nedeth, agonizante a unos pasos de él, y reprochándose su descuido volvió junto al moribundo, procurando evitar las náuseas que le causaba el repelente hedor que brotaba de aquella espesa capa, no sabía si sólida o líquida, que había salido por los agujeros de las heridas de Nedeth.

Éste lo miró con ojos suplicantes.

—No tengo ya remedio, Stefan… —dijo entre toses y jadeos—. Voy a morir muy… pronto… aunque esto es siempre mejor que no… que no sentirse prisionero de este horrible ser… Escucha… escucha con atención…

La voz del moribundo se atenuó y Stefan tuvo que pegar casi su oído a la boca de Nedeth, cuyas fuerzas disminuían con gran rapidez.

—Hemos luchado… los dos mucho… Tienen estos seres… un cerebro privilegiado…

—Sí, lo sé, capitán. Pero ¿no podría usted darme alguna indicación acerca de cómo se maneja este artefacto?

—Yo lo manejé… impulsado por el andromedano que tenía dentro… Estábamos ya a punto de salir al espacio… cuando los proyectores antigravitatorios nos detuvieron… Conozco todas las operaciones para pilotar esta nave… Escucha…

La mano del agonizante se levantó, indicando determinados instrumentos de los que había a bordo, diciéndole a Stefan la forma en que había de utilizarlos para manejar correctamente el aparato. Pero, de repente, el cuerpo de Nedeth perdió su consistencia y su cabeza cayó hacia atrás.

Por un instante Stefan creyó que el capitán había muerto, pero aquel desvanecimiento no había sido sino un pasajero desmayo del que se recuperó bien pronto. No obstante, el joven comprendió que ya le quedaban a Nedeth muy pocos momentos de vida, acaso segundos tan sólo.

Nedeth dio unas cuantas explicaciones más, pero, de repente, empezó a desvariar.

—¡Fuera, monstruo! ¡Sal de aquí!… ¡Yo soy un humano! ¡Sal de mi te digo!… ¡No!… ¡No quiero que entres, fiera!…

Stefan sacudió a Nedeth por los hombros, despiadadamente. El capitán no tenía ya remedio y urgía la última y más importante revelación.

—¡Nedeth, Nedeth! ¡Hábleme, por el amor de Dios!

Los ojos del moribundo le miraron turbiamente. Una débil pero tranquila sonrisa apareció en su torturado rostro.

—Tú eres un humano… no un monstruo… Eres bueno… eres…

—Nedeth, ¿tuvo usted tiempo de enterarse de la clase de armas que usan esos andromedanos?

Las pupilas del moribundo brillaron con la última chispa de razón.

—Si… sí —susurró, jadeante—Y no… no hay… remedio contra ellas

Stefan insistió:

—¿Cuáles son? ¿Están aquí, en la nave? ¿Cómo se manejan, Nedeth?

—SI… La nave va armada… con… ¡Oh, cómo duele!… La luz… El Vacío… ¡No veo, Stefan, no veo!…

Súbitamente el cuerpo de Nedeth se estremeció en una última convulsión que lo agitó de pies a cabeza, y luego su cabeza se dobló en un ángulo imposible. El estertor de la respiración cesó casi al instante

Stefan depositó el cadáver de Nedeth en el suelo, poniéndose en pie, sin darse cuenta de que pisaba aquel viscoso y repelente plasma que, no obstante, parecía carecer de propiedades adherentes, pues no se le había pegado a las manos ni al calzado. En pie, el joven miró compasivamente al muerto, cuyo rostro había adquirido una expresión de suprema paz y tranquilidad.

—Pobre Nedeth —murmuró para sí—. Moriste a mis manos porque no me quedaba otro remedio; no, no eras tú el que intentaba estrangularme, sino ese otro horrible ser que se había apoderado de tu cuerpo y de tu espíritu. ¡Pero tu muerte no será estéril, te lo juro!

Tras unos momentos de vacilación, Stefan se dijo que no podía continuar en aquella forma. Haciendo memoria de cuanto le había comunicado el muerto, se fue hacia uno de los lados de la cámara, estudiando atentamente los rarísimos instrumentos que allí había, los cuales no tenían parecido alguno con los que se construían por seres humanos dentro de los límites de la Galaxia.

Apreció también que aquellos aparatos no estaban hechos para humanas anatomías, dado que carecían en absoluto de teclas o botones que oprimir para ser manejados, cuando menos por dedos como los suyos. Había, sí, artefactos parecidos a esferas graduadas, con signos gráficos formados por líneas rectas curvas, pero cuya interpretación, de momento, le estaba vedada. No obstante, recordando las instrucciones dadas por Nedeth antes de morir, tanteó la superficie de uno de los tableros, recubierto de un extraño mosaico

multicolor, compuesto por unos cincuenta o sesenta hexágonos de todos los tonos del espectro, hasta que, de repente, uno de ellos se hundió cosa de un centímetro.

De momento no ocurrió nada, pero, de pronto, una pantalla circular que había sobre él se iluminó bruscamente con un violento resplandor blanco azulado que le dañó las pupilas hasta que se hubo acostumbrado a su fulgor. Una serie de círculos concéntricos del ya habitual color violetaverdoso aparecieron en su borde, dirigiéndose hacia el centro, por el cual se esfumaron. Stefan levantó el dedo y la luz desapareció repentinamente.

No supo qué podría ser.

Continuó sus investigaciones. Buscaba una cosa que, en aquellos momentos le era muy necesaria. La halló de modo casi inesperado, y al instante oyó un seco chasquido a sus espaldas.

Se volvió con rapidez, viendo un hueco por el cual desaparecía el cadáver de Nedeth, junto con aquel repugnante plasma que eran los restos del andromedano. El hueco se cerró casi al instante y Stefan suspiró aliviado.

Después de aquello ya no se atrevió a tocar más lugares de aquel raro mosaico de hexagonales celdillas. Lo contempló durante un buen rato, al mismo tiempo que se sumía en hondas meditaciones.

Prendió fuego a un cigarrillo, dejando que el humo ascendiera perezosamente en el ambiente. Luego recordó las últimas palabras de Nedeth.

La nave iba armada, sí, pero ¿con qué clase de armas? Por supuesto, estaba por jurar que no se trataba de ninguna de las convencionales que él conocía y que, utilizadas debidamente, también eran capaces de destruir un mundo, aunque con mucho mayor derroche de tiempo y material con que lo hacían los andromedanos, cuyo golpe era fulminante, imparable, por lo instantáneo de su ejecución. «Un segundo antes el asteroide estaba; un segundo después ya no estaba», había dicho Zehay, el soldado superviviente del P.F. 1833-T. Esto demostraba que el arma era de devastadores efectos y que uno no tenía tiempo de enterarse siquiera, no de cómo llegaba el golpe, sino de la clase de muerte de que se trataba.

«La luz… El vacío…» ¿Tendrían las últimas-palabras de Nedeth algo que ver con las armas andromedanas? Stefan trató de enlazar estas palabras con las de Zehay, quien había asegurado que se había

producido en el espacio un rayo de una negrura absoluta, infinitamente superior a la del espacio mismo. «Si negro es la ausencia total de luz —murmuró para sí, añadiendo después—: ¿Y no habrán hallado esos salvajes una forma de producir un vacío mayor que el que ya existe? Pero no, sería absurdo, fantástico; una declarada violación de las inmutables reglas porque se rige el Universo...»

Pero casi inmediatamente se rectificó a sí mismo. Durante años y años, la barrera de Einstein, los trescientos mil km. seg. de la luz se habían considerado como la máxima velocidad que podía alcanzarse. Y de repente alguien había violado aquel muro, y hoy día se alcanzaban velocidades infinitamente superiores, como era la de diez «parsecs» a la hora. Era cierto que de aquí, y salvo casos excepcionales, no se había podido pasar; pero también los de Andrómeda, con una civilización infinitamente superior, podían haber encontrado medios para dominar la luz y el vacío a su antojo. Y si era así, ¿qué posibilidades prácticamente infinitas no se abrían ante aquellas armas?

Desechó los polígonos que, según las indicaciones de Nedeth, servían para el gobierno de la nave. Estudió los otros, seleccionando al fin media docena de ellos, no precisamente por su disposición, sino por su tono cromático. Eran cinco o seis, situados en una esquina del tablero, en el centro tres de color violeta, verdosos los restantes.

Oprimió primero los de color violeta, sin que ocurriera nada. Después, sin desanimarse por aquel su primer fracaso, tornó a la carga, comenzando por los de tono verde. Tampoco pasó nada.

«Esto debe de ser una especie de combinación como la de las cajas de caudales —se dijo—, y como lo que me sobra es tiempo...» Se dedicó a ensayar combinaciones sucesivas, no sin grabar bien en la memoria cada una de ellas.

No era una vibración agitada que lo hiciera bailar, sino una especie de animación, como si la nave hubiera adquirido repentinamente vida propia. Un aura indefinible envolvió al joven, al mismo tiempo que un leve malestar se adueñaba de su espíritu. Pero, terco, prosiguió.

Un instante después supo que había hallado el modo de manejar el arma andromedana. No conocía sus causas, pero sabía que podía utilizarla. La nave arrancó hacia adelante con terrible velocidad, infinitamente superior a la de una terrestre, hundiéndose en el vacío.

Pero en aquel momento algo cortó su júbilo en seco, como el cuchillo

corta la manteca. La visoplaca se iluminó vivísimamente, y una hedionda imagen apareció en ella, mirando a Stefan con infinito odio.

CAPÍTULO VII

El único tripulante de la nave ultrarrápida era Beatriz Farquhart, la cual, previo el permiso de Frantz, concedido no sin muchos refunfuños, y vacilaciones, se había lanzado al espacio en busca de Stefan, confiada precisamente en la velocidad de la nave, velocidad que solamente podía mantenerse a costa de un fabuloso derroche de energía y en la perfección de sus aparatos detectores, con los cuales esperaba localizar al joven.

Sabiendo la forma en que se había elevado la nave andromedana, calculó una órbita para la suya, lanzándola en pos de la trayectoria que suponía había llevado aquélla, con la esperanza de poder hallarla y así tratar de salvar la vida del joven cuyo destino se ignoraba por completo en aquellos momentos.

Durante largas horas, Beatriz vagó por los espacios, buscando incesantemente la nave perdida. Desconfiaba de hallarle, cuando sus detectores le indicaron la presencia de un cuerpo extraño no lejos de su órbita.

Beatriz deceleró, pero un poco más tarde supo que nunca hubiera podido hallar el cuerpo del desgraciado Nedeth, a no ser por los botones de metal que éste conservaba todavía en sus ropas, los cuales habían sido los que sensibilizaran las placas detectaras. La joven equiparó las órbitas, decelerando paulatinamente, hasta poner su nave a pocos metros de distancia del cadáver del capitán.

A simple vista lo estudió, dándose también cuenta del extraño plasma que casi lo envolvía, plasma que, al contacto con el frío del vacío sideral, se había solidificado, tomando un aspecto vítreo que no tenía nada de agradable. Recordando las imágenes vistas, Beatriz supo sin duda alguna que aquella repelente masa eran los restos del andromedano, tras de lo cual, y de reflexionar brevemente, estudió la trayectoria que seguían aquellos cuerpos, pues era indudable que, aunque a menor velocidad, continuaban en la misma órbita que la seguida por la nave andromedana.

Una vez que supo esto, lo demás fue relativamente sencillo. Sin importarle el elevadísimo consumo de energía, Beatriz pisó el acelerador a fondo y se lanzó en el espacio, convirtiendo a la nave en una cosa invisible precisamente por viajar a una velocidad infinitamente superior a la de la luz. Durante varias horas, la muchacha estuvo sentada ante el cuadro piloto, con la vista fija alternativamente en los instrumentos y en el espacio, tratando de taladrar con ésta el panorama que tenía delante.

Un estridente chirrido le anunció de pronto, cuando ya empezaba a desesperar de su búsqueda, que había una nave por las proximidades de la suya. Beatriz se enderezó en el asiento, alargando instintivamente el cuello.

Pero, antes de que pudiera entablar contacto con la otra nave, sus pupilas captaron un hecho increíble. Delante de ella, el espacio desapareció.

No lo fue en su totalidad, sino solamente en una especie de chorro o túnel cuyo diámetro no podía determinarse con exactitud. Era una negrura infinita, sin nombre, la que de pronto había surgido ante sus ojos, ocultando con su total opacidad el brillo de las estrellas. Parecía como si, de repente, un puñal gigantesco hubiera rasgado el punteado telón de fondo del Universo, dejando paso a una oscuridad sin luces ni brillos de ninguna clase, como si al otro lado hubiera una sima infinita.

Antes de que Beatriz pudiera explicarse con claridad lo que ocurría, la naturaleza de aquel extrañó suceso, notó que su nave se agitaba frenéticamente.

El cohete rodó varías veces sobre si mismo, perdiendo el equilibrio de una manera absoluta, como sumergido en unos colosales remolinos de sombra absoluta, a través de la cual no había manera de divisar nada. Al mismo tiempo, Beatriz notó que la velocidad de su espacionave se aceleraba terriblemente.

Trató de decelerar, invirtiendo los chorros, pero todo fue inútil; aquella poderosa fuerza la arrastraba a pesar suyo, y la joven no hubiera sabido nunca cuál había sido su fin, sí, de pronto, las estrellas no hubieran reaparecido de pronto, con una luz cien veces más brillante que antes del suceso.

Beatriz se notó los cabellos húmedos, pegados a las sienes. Equilibró el aparato, procurando volver de nuevo a su órbita anterior, pero,

inesperadamente, una enorme, colosal nave, se materializó junto a ella.

Antes de que la muchacha pudiera darse cuenta de lo que le ocurría, una enorme escotilla se abrió en el fondo de aquella nave gigantesca, la cual, por su forma, era idéntica, salvo en el excepcional tamaño, a aquella en que había desaparecido Stefan. Algo, con irresistible fuerza, atrajo al cohete, y la muchacha se encontró de pronto sumergida en un mar de densas tinieblas.

Empezó a desatarse las correas, pues sabía intuitivamente que había caído prisionera y que no tardarían en venir a apresarla. Beatriz no había ido desarmada y una de las cosas que primero tomó, fue una pistola electrónica, que colgó de su cinturón con firme energía, dispuesta a utilizarla en cualquier momento.

Una violenta luz surgió de pronto ante su cabeza. Beatriz parpadeó hasta que sus pupilas se hubieron acostumbrado a aquel difuso resplandor violeta, que parecía nacer de todas partes, y luego buscó la salida del cohete.

Apenas estuvo fuera de éste, miró en torno suyo. Se hallaba en un lugar que, por el momento, parecía desierto. La atmósfera era perfectamente respirable, salvo por aquel olor que, no obstante, estaba, muy amortiguado. De súbito, sobre su cabeza se abrió una gran escotilla.

Beatriz chilló despavorida, sin poderse contener, al ver la serie de monstruos que caían sobre ella, flotando sin esfuerzo aparente en el espacio. Fue tal la impresión que le hizo ver aquella colección de engendros abalanzándose hacia ella, que incluso llegó a olvidarse de que tenía la pistola colgada del cinturón.

La joven gritó, despavorida, cuando vio que unos tentáculos largos, helados, viscosos, de repelente tacto, la aprisionaban por los brazos y el talle, sujetándola a pesar de sus desesperados esfuerzos. Se debatió inútilmente, pero de modo inesperado, sus nervios se rompieron, dobló la cabeza a un lado y se desvaneció.

* * *

La imagen desapareció de la visoplaca, cuando Stefan, justamente

alarmado, manejó en sentido inverso los hexágonos que habían provocado aquella tremenda aceleración. Ahora hubo de sujetarse, para no ser aplastado por el violento frenazo contra el mamparo, y en su fuero interno hubo de elogiar al constructor de aquellos maravillosos artefactos, por el sistema tan magnifico de antiaceleración que había instalado. En cualquier otra nave, y con aquellos bruscos movimientos, su cuerpo se hubiera reducido ya a una pulpa sanguinolenta.

Pero al mismo tiempo se dijo que había sido localizado y detectado por al menos una nave andromedana. Los tripulantes de ésta sabían ya que el joven usurpaba un puesto que no le correspondía y harían los posibles por destruirle. Stefan tembló por su suerte, no haciéndose muchas ilusiones, ya que el conocimiento que tenía del manejo de aquel artefacto era muy incompleto.

Luego recordó una vez más lo que había ocurrido cuando puso en funcionamiento el disparador del arma. Era evidente que un ser hábil en el manejo del mismo, podía hacerlo en un segundo, en lugar de tardar tanto tiempo como él. Aunque no dejaba de estar seguro de que, con la práctica, también él podía llegar a hacer las cosas con rapidez. ¡Si al menos entendiera aquellos condenados signos!

En la duda, y aun sabiendo que corría un riesgo seguro, volvió de nuevo a tocar aquel sector de hexágonos por segunda vez, el túnel de tinieblas se abrió ante sus ojos, borrando literalmente el espacio frontero, y lanzándole hacia adelante con incalculable velocidad. Desconectó y la nave recobró su marcha habitual.

Varias veces hizo lo mismo, hasta que los dedos de su mano derecha hubieron adquirido cierta práctica; y durante aquellos ejercicios, su organismo hubo de soportar las presiones de las aceleraciones y los frenazos. Y, además, en cada ocasión, Stefan vio el irritado reflejo del andromedano, el cual parecía reprenderle ásperamente por aquellas acciones y hasta sacó la lengua en un irreprimible gesto de burla.

No obstante, era evidente que aquello tenía que acabarse, y se concluyó del modo más inesperado para el joven, cuando, en uno de los momentos de prácticas, lanzado a toda velocidad por el hueco abierto en el espacio, se encontró casi de bruces con una nave idéntica a la suya, excepto en el tamaño, que la multiplicaba por treinta o cuarenta veces al menos, pareciendo una colosal isla que de repente hubiera nacido en el firmamento.

En vano fue que el joven tratara de huir a lo inevitable. La gigantesca

nave andromedana atrajo a la suya con suma facilidad, absorbiéndola en el interior de su vientre sin esfuerzo aparente alguno.

Stefan no perdió mucho tiempo en salir de su navecilla. Lo hizo y apenas estuvo fuera, lanzó un grito de asombro que no pudo contener.

¡A corta distancia del lugar en que se hallaba, se veía un cohete ultrarrápido, en cuyos costados estaban pintados los colores de la Unión Solar: verde, amarillo y azul!

Antes de que pudiera preguntarse siquiera por los motivos de la estancia del cohete en aquel lugar, ni mucho menos por la identidad de su piloto, un lienzo entero del techo se abrió y una docena de andromedanos se abalanzaron hacia él.

El joven no intentó resistirse; sabía que todo era inútil, hallándose desarmado. Lo único que hizo fue estremecerse un poco, al sentir el contacto de los tentáculos andromedanos en su cuerpo, pero mantuvo su serenidad en todo momento. Se sintió izado a pulso y no tardó mucho en hallarse frente al piloto del cohete.

Era un ser humano.

Casi no podía dar crédito a lo que sus ojos estaban presenciando.

—¡Beatriz! —gritó.

—Stefan, Stefan —gimió ella, sin moverse del sitio, flanqueada por dos andromedanos—, ¿qué va a ser de nosotros?

—No creo que tardemos mucho en saberlo —repuso el joven, mirando a su alrededor, y contemplando por primera vez, sin estorbo alguno, a aquellos horribles seres, los cuales, al mismo tiempo, le contemplaban con malsana curiosidad'.

Eran repelentes en sumo grado. Tal como viera en los «films» proyectados, aquellos seres parecían amorfos, constituidos por una especie de bola casi esférica, de color verde violeta, cuyos tonos variaban constantemente, cosa que Stefan atribuyó a sus estados de ánimo. Aquel cuerpo se hallaba flotando en el interior de un líquido absolutamente transparente, de consistencia siruposa, muy espeso, contenido a su vez en una esfera de una sustancia plástica, de notable elasticidad.

Pero todavía había más. Aquellos horribles seres tenían ojos: dos, en la parte central de su cuerpo, de forma poligonal, de un brillantísimo

color violeta. De dos costados de su cuerpo partían varios tentáculos que se encogían y alargaban, ramificándose a partir de la mitad de su longitud en otros tantos, con la extraña propiedad de poder pasar, entrando y saliendo, a voluntad, a través de la cápsula plástica que los envolvía.

Abundaban los andromedanos en aquel lugar. Todo estaba lleno de aquellos horribles seres, que iban y venían, como tratando de satisfacer su curiosidad, emitiendo unos sonidos que no tenían el más remoto parecido con la voz humana y que, sin duda, debían ser sus comentarios, que Stefan supuso más bien irónicos y burlescos que admirativos.

Pero, inesperadamente, se hizo el silencio. Aquel montón de bolas de plástico se hizo a un lado, abriendo calle. Un andromedano de colosal tamaño, deslizándose sobre el suelo merced a sus tentáculos inferiores, avanzó hasta detenerse a pocos pasos de los cautivos.

Sus hexagonales pupilas les contemplaron unos momentos con inescrutable expresión. Era evidente que se hallaban ante un individuo avezado a dominar sus sentimientos, pues no se veía la menor oscilación en el tono de su epidermis ni de sus poligonales ojos.

De pronto, uno de sus tentáculos fue proyectado al exterior, fuera de la cáscara que protegía su cuerpo, subdividiéndose luego en media docena de largos hilos de un centímetro de grueso, aproximadamente, que ondearon en el aire, antes de tocar el rostro de Stefan.

Dominando el asco que aquello le causaba, el joven permaneció inmóvil, soportando el atento escrutinio de que era objeto por parte del andromedano, el cual, sin llevar nada especial que le distinguiera del resto de sus congéneres, parecía tener la suficiente autoridad como para ser el jefe de todos ellos. Los largos dedos le recorrieron el rostro milímetro a milímetro, y luego uno de ellos se quedó contactando sobre su frente, en tanto que los demás se replegaban hasta desaparecer en el tentáculo.

A continuación, otro tentáculo surgió de la esfera, haciendo lo propio con la joven. Beatriz lanzó un agudo grito e intentó esquivar aquel desagradable contacto, pero los andromedanos que la escoltaban se lo impidieron. Stefan la aconsejó.

—No tema —dijo —; por ahora, parece que no quieren hacernos daño,

—Tienes razón, hombre —murmuró una voz.

Stefan abrió la boca, buscando afanoso por todos los sitios, antes de darse cuenta de que aquella voz habla resonado *dentro* de su cerebro. Miró estupefacto al andromedano, cuyo segundo tentáculo había quedado unido de la misma forma a la frente de la joven.

—Tienes razón, hombre—continuó el monstruo—; nadie pretende haceros daño por ahora.

Stefan advirtió que el andromedano le hablaba con palabras que él no conocía en absoluto, pero que sin embargo entendía perfectamente. Aquello le sonó a telepatía, mas, no obstante, era algo muy distinto, aunque en cierto modo, relacionado con dicha ciencia. El tentáculo que se apoyaba en su frente era el vehículo que servía para la transmisión dialéctica.

—Os hemos hecho nuestros prisioneros para estudiaros, del mismo modo que hicisteis con tres de los nuestros. Pero nuestra ciencia es tan adelantada que podremos obtener con facilidad los pobres datos que de vosotros esperamos, en tanto que vuestros sabios no lograron adivinar casi nada, o nada, de aquellos tres andromedanos que murieron fuera de su mundo.

Mirando el tentáculo con estrábico gesto, Stefan se acarició su mandíbula.

—Parece que estáis muy orgullosos de vuestra ciencia y vuestra sabiduría, amigo.

—Lo estamos, y con justa razón. En el Universo hipergaláctico no hay raza que pueda compararse con la nuestra.

—Pudiera ser, pero en nuestro mundo tenemos un refrán que dice: «Cuando más alto se está, más dura será la caída.» Y eso mismo pudiera ocurriros a vosotros.

—No habrá otra caída que la vuestra, humanos—contestó el andromedano. Acto seguido, inquirió—: A juzgar por lo que hemos averiguado de vosotros, tenéis nombres que os diferencian, además de ciertas peculiaridades físicas que distinguen vuestros sexos. ¿No te molestaría aclararme estos datos?

Stefan sonrió. ¿Por qué callar, si además estaba en manos, o mejor dicho, en tentáculos de aquellos seres? Y, si eran tan civilizados como decían, le sacarían de fuerza lo que no quisiera decirles de grado.

—Muy bien —respondió—. Yo me llamo Stefan, y pertenezco al sexo

masculino; es decir, soy un hombre. Ésta, tiene por nombre Beatriz, y siendo del sexo femenino, se llama mujer. Y tú, ¿qué nombre tienes?

—Stefan... hombre... Beatriz... mujer...—pareció que murmuraba aquel ser. Inmediatamente «alzó» la voz—: Nosotros, los de la galaxia que vosotros llamáis Andrómeda, no tenemos nombre. Se nos designa por una serie de signos que ni tienen equivalencia posible en ninguno de vuestros numerosos idiomas. Mi digamos nombre podría traducirse a vuestro lenguaje por Uno Nueve, para mayor sencillez. Es más largo, pero conviene abreviarlo.

—Si —comentó irónicamente el joven—; sobre todo si tiene veinte o treinta cifras detrás.

—Posiblemente estés en lo cierto, Stefan —contestó Uno Nueve. Luego dijo—: ¿Cómo conseguiste apoderarte de mí nave?

—¿Qué me harás si te digo la verdad? —preguntó intencionadamente el joven, pues la interrogante no le había agradado nada.

—Me contestes o no, yo podría averiguar la verdad por otros medios mucho más desagradables que éste, Stefan. Y, además has de saber que tu destino y el de Beatriz están decidido ya de antemano.

Stefan torció el gesto. Apretó los labios, no negándose a contestar rotundamente, sino vacilando acerca del modo en que había de hacerlo. Pero Uno Nueve, al parecer, interpretó mal su gesto y, de pronto, disparó otro tentáculo, al mismo tiempo que emitía unos sonidos perfectamente audibles por el sistema normal.

Uno de los andromedanos se le acercó, sacando otro tentáculo que enlazó con el de su jefe. Disparó otro, que a su vez, fue tomado por otro andromedano, y así, de esta sucesiva forma, en pocos momentos, todos aquellos seres estuvieron unidos en cadena por los tentáculos, componiendo un espectáculo que hubiera podido resultar cómico si no fuera por la inevitable repugnancia que les inspiraban aquellos seres.

Inmediatamente, Stefan advirtió que aumentaba la potencia de la fuerza de Uno Nueve. Beatriz lo notó también y dejó oír su voz angustiada:

—¡Oh, Stefan, Stefan!, ¿qué va a ser de nosotros?

—No te preocupes, muchacha —dijo él—. Supongo que esta cadena de tentáculos está hecha con el objeto de aumentar la potencia telepática de los andromedanos, si es que puede llamársele de esta manera. No

nos quedará otro remedio que cantar la gallina, queramos o no, Beatriz.

—Haz lo que juzgues más conveniente, Stefan —dijo la muchacha —. Tengo confianza en ti.

—Gracias —repuso el joven, quien acto seguido miró a Uno Nueve, contándole todo lo ocurrido en la nave. Concluyó—: Como es natural, yo no iba a dejarme que tu compatriota me sacara la nuez por el cogote y tuve que liquidarlo de cuatro pildorazos bien metidos.

—¿Cómo? ¿Qué dices? —se extrañó Uno Nueve.

Stefan tuvo que repetir la frase. Había intentado dar la respuesta en «slang» o caló, pero se dio cuenta de que aquella argucia no le iba a servir para nada.

—En resumen —dijo—, que maté para no ser muerto. ¿No hubieras tú hecho lo mismo en mi caso, Uno Nueve?

—Posiblemente —contestó éste —, y en cierto modo no te puedo reprochar la muerte de Cien Quinientos. Pero en cambio, sí tenéis culpa de la de Doce Ochenta y Siete y Mil Tres,

Stefan se dio cuenta de que aquellas cifras correspondían a los nombres de los andromedanos capturados y muertos posteriormente. Pero Uno Nueve continuaba hablando.

—Dice Ochenta y Siete y Mil Tres que fueron obligados a salir de estas cápsulas que nos protegen para ser estudiados, y el resultado fue su muerte. Cuando salimos fuera de, nuestro mundo, muchas veces nos vemos obligados a viajar así, en el interior de estos globos, flotando en este líquido que es vital para nosotros, puesto que nos proporciona los alimentos que necesitamos, y que no podemos hallar en planetas que,, en cambio, sirven para la vida tal como vosotros la concebís. Mis compatriotas fueron obligados a salir de sus cápsulas y, naturalmente, murieron casi instantáneamente de la forma que vosotros llamaríais asfixiados.

—Pero Cien Quinientos logró huir rasgando la envoltura, Uno Nueve. Yo lo vi... en los «films» que se tomaron automáticamente.

—Ya sé la forma en que lo hizo, Stefan. Se arriesgó grandemente... y la cosa le hubiera salido bien, de no haber sido por ti. No te lo reprocho; a fin de cuentas, bien mirado, tú luchas por los tuyos... como yo lo hago por los míos.

—Perfectamente, Uno Nueve —repuso fríamente el joven —. Desde tu punto de vista, es una guerra preventiva la que vais a llevar a cabo, sin tener en cuenta que nosotros no deseamos otra cosa que una convivencia pacífica entre todos los habitantes de los mundos estelares. Jamás se nos habría ocurrido a nosotros atacaros sin motivo alguno...

Stefan hubiera jurado que el monstruo reía.

—¿De qué os hubieran servido vuestros ataques ante la irresistible potencia de uestras armas, a las cuales no hay nada hoy, que pueda oponerse con una pequeñísima posibilidad de éxito tan sólo? No hay nada que resista a nuestras armas; todo cuanto cae dentro de su radio de acción, es destruido implacablemente, en silencio y con terrible eficacia que no permite la menor duda acerca de nuestro invencible poder.

—Torres más altas cayeron —masculló el joven, molesto por aquellas megalómanas frases. Alzó la voz cortésmente—: Y, ¿puede saberse qué clase de armas usáis?

Uno Nueve pareció henchirse de orgullo al contestar:

—Son dos, Stefan, dos que existen desde que el Universo es Universo, ***¡la Luz y el Vacío!***

CAPÍTULO VIII

La luz y el vacío—repitió Beatriz, absorta, como si hablara consigo mismo.

Stefan la imitó.

—¡Eso es: la luz y el vacío! Estaban los dos solos en una especie de cámara de la nave andromedana, en la cual, en pocos momentos y merced a ingeniosos mecanismos, se les habían instalado algunos muebles remotamente parecidos con los terrestres, para su comodidad, en tanto durase su prisión.

Ya llevaban allí unas cuantas horas, durante las cuales ambos habían

dormido un poco, pero las preocupaciones que sentían les habían impedido descansar a gusto. Beatriz se habla acercado a una portilla hexagonal que había en uno de los costados de la cámara contemplando el inmutable panorama de las estrellas.

—¿Qué es lo que habrá querido decir Uno Nueve —preguntó la joven —con eso de la luz y el vacío, Stefan?

El joven se encogió de hombros. Estaba muy ocupado, en apariencia, tratando de despedir círculos de humo del cigarrillo que había encendido.

—Simplemente eso, Beatriz —dijo al cabo de unos segundos —; que tales son sus armas.

—Pero no usan espejos ni nos arrojan a la cara puñados de vacío sideral, Stefan. ¿No eres capaz de relacionar esto con las palabras de Zehay?

—Por supuesto que sí. Y con lo que yo mismo hice a bordo de la nave que piloté durante unas cuantas horas. La luz desapareció cuando utilicé el arma y, además, la velocidad de mi aparato aumentó en forma terrorífica. Estoy seguro de que en pocos momentos, alcancé cuando menos un ciento de «parsecs» a la hora.

—¡Stefan, eso es horrible! Me estás asustando.

—Y, sin embargo, digo la verdad. No miento más de lo que pudo hacerlo Zehay, Beatriz.

—La luz... el vacío...—repitió una vez más, meditabunda, la joven—. La luz desapareció totalmente... Esto podría lograrse, Stefan. Acaso algún sistema oscurecedor... Pero ¿cómo hacer desaparecer una cosa que no existe, como es el vacío?

—No lo sé. Acaso hay fuerzas en el Universo con las cuales nosotros no hemos soñado tan siquiera y que, sin embargo, los andromedanos han conseguido descubrir y dominar… Si pudiéramos saber qué quiso decir Uno Nueve con esas palabras... —terminó Stefan muy desalentado.

—Algún significado deben tener, digo yo, ¿no te parece?

—Sí, pero ¿cuál, Beatriz?

La muchacha golpeó el muro metálico con ambos puños, nerviosa,

excitada.

—¡Oh!—exclamó, perdiendo en parte el equilibrio mental—. ¡Pensar que nosotros estamos aquí, medio dueños del secreto de los andromedanos, sin la menor posibilidad de huir y poner sobre aviso a los nuestros!... Stefan, si pudiésemos hablar con nuestros sabios, con nuestros científicos... Hay cerebros privilegiados; tú podrías contarles tus experiencias; trabajarían, pensarían, idearían algo... Acaso dieran con la solución; pero aquí, encerrados a piedra y lodo... Stefan, piensa en algún medio de evadirnos de aquí, por lo que más quieras.

—Lamento tener que decirte que eso es lo que hago desde hace mucho rato, sin que hasta el momento se me haya ocurrido ningún plan viable. A juzgar por lo que he visto, la nave debe de estar plagada de andromedanos, Beatriz, y nos sería de todo punto imposible burlar su vigilancia. Y, aunque lo consiguiéramos, ¿cómo llegar hasta la escotilla que da paso al hangar donde están las dos naves? ¿Cómo abrir luego la escotilla exterior? Si sabes contestarme a esas preguntas, podré idear algún plan de evasión. De lo contrario, toda intentona está condenada de antemano al fracaso.

—¡Si al menos tuviera mi pistola!—murmuró amargamente la muchacha—. Pero me la quitaron apenas me hicieron prisionera.

—Estos andromedanos son gente lista, por supuesto—dijo Stefan—; saben lo que se hacen. De todas formas, son muchos y no hubieras dado abasto en liquidarlos a todos, Beatriz.

—Por lo menos no hubiera muerto sin intentar defenderme.

—No busques papeles de heroína, Beatriz; en este caso no te van bien. Ni a mí tampoco. No hay nada más estúpido que un heroísmo inútil.

Beatriz apretó los labios, molesta por las palabras del joven. Éste, repentinamente, echó de menos su guitarra, aquella fiel compañera que durante doce años, le acompañó por su incesante vagabundeo per las rutas de la Galaxia e, instintivamente, a media voz, entonó una canción que, aunque no suya, se había hecho célebre en toda la Vía Láctea gracias a su voz.

Cuando terminó, un intenso silencio reinó en la estancia. Disimuladamente, Stefan miró a Beatriz, dándose cuenta de que una lágrima rodaba por sus tersas mejillas y él, a su vez, recordó a Moyna, preguntándose qué haría la muchacha en aquellos momentos y sí ya se habría resignado a darle por muerto definitivamente.

Pero no pudo seguir pensando mucho tiempo. La puerta de la cámara, circular, rodó a un lado, dejando paso a Uno Nueve, quien llegaba seguido por uno de sus secuaces, que era portador de una bandeja en la que se veían algunos platos humeantes. Uno Nueve apoyó sus tentáculos en la frente de sus prisioneros, diciendo:

—Os traigo algo de comida—dijo—. Sé que la necesitáis y os ruego la toméis sin la menor aprensión. No son alimentos como los vuestros, pero los hemos transformado de modo que ofrezcan la misma contextura y sabor que los que vosotros utilizáis.

Stefan miró suspicazmente, los platos que había sobre la bandeja. Vio una sopa de excelente aspecto, verduras muy apetecibles y unos filetes que a él le parecieron de suculenta ternera, amén de algunas frutas a guisa de postre.

—***Se non é vero, é ben trovato*** —dijo—. Por mi parte, aunque sean «fabricados» aquí, no tengo nada que oponer; ¿Y tú, Beatriz?

La muchacha se le acercó con renuente paso, tomando la bandeja y depositándola sobre la mesa.

—El apetito no admite muchos escrúpulos, Stefan —dijo, y el joven sonrió.

—Celebro que lo tomes en ese sentido, muchacha.

Tras esto atacó con brío su ración, notando en todo momento adherido el tentáculo de Uno Nueve sobre su frente, quién parecía muy interesado estudiando su forma de alimentarse.

Después de la comida, Uno Nueve y sus «huéspedes» sostuvieron una larga conversación, la cual se repitió en el transcurso del tiempo. Varios días terrestres, en efecto, transcurrieron en la misma forma, en medio de una exasperante monotonía, sin que los prisioneros supieran nada, ni adónde se dirigían, ni las intenciones del momento de los andromedanos ni, en fin, el ulterior destino que éstos pensaban darles.

En algunas ocasiones, Stefan advirtió, más en forma sensorial, que realmente táctil o visual, que la nave utilizaba su terrible arma. En aquellas ocasiones, el colosal artefacto vibraba hondamente de modo muy suave, pero que llegaba, no obstante, hasta el interior de sus cuerpos, produciéndose acto seguido aquel opacamiento del espacio que los rodeaba como si de repente se hubieran apagado todas las estrellas de un soplo. Pero esto no solía durar mucho, y casi al momento se volvía a la aburrida normalidad de la prisión.

Por el estudio de la bóveda celeste, Stefan supo que estaba muy lejos de su patria, aunque, sin un mapa a mano, no podía afirmar con certeza el lugar en que se hallaban. Le pareció hallarse en las proximidades de Antares, del Escorpión, pero no hubiera podido asegurarlo.

En cierta ocasión, un par de semanas más tarde, la nave que les transportaba a lugares desconocidos, se detuvo en el espacio, reuniéndose con otras varias idénticas, hasta el punto de tocarse unas con otras. Los prisioneros ignoraron el motivo de aquella reunión, que duró bastante, casi veinticuatro horas, al término de las cuales, las naves se separaron, desapareciendo en las tinieblas del infinito.

Después de aquello, pasó una semana más y, de pronto…

Stefan empezó a impacientarse.

—¿Querrán matarnos de hambre estos tíos? —dijo, refunfuñando.

Beatriz, aunque de mala gana, se echó a reír.

—Se les habrá estropeado el horno —dijo.

Pero lo cierto fue que, durante todo aquel día, nadie les llevó un átomo de comida, ni nadie, Uno Nueve incluido, apareció por aquel lugar.

Veinticuatro horas más tarde, Stefan empezó a sentir retortijones en el estómago. Masculló una serie de desagradables imprecaciones, en el curso de las cuales insultó a conciencia a los andromedanos, y luego dijo:

—En cuanto me eche a la cara a Uno Nueve le voy a…

—¿Sabes acaso si está a bordo? —sugirió Beatriz.

El joven se espantó.

—¿Insinúas que estas fieras nos han dejado solos, abandonándonos a nuestra suerte? ¡Diablos!, no me gustaría morir con el estómago lleno de telarañas.

—Aquí no hay más bichos que los andromedanos, Stefan.

El joven frunció el ceño y, harto ya, y molesto por el hambre que le atenazaba el estómago, se fue hacia la puerta, golpeándola con ambos puños, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Eh, ustedes! ¡Abran; queremos comer!

Pero nadie contestó a sus apelaciones; el silencio más absoluto fue la única respuesta que recibió.

Se volvió, consternado, hacia la joven.

—Prueba a abrir la puerta, Stefan —dijo.

—Oh, sí, claro; es muy sencillo de decir… y muy fácil, además, de ejecutar. Se hace así y….

Stefan se interrumpió de pronto. Había tocado con la mano el borde de la puerta, empujándola levemente, y aquello había bastado para que el disco qué cerraba la cámara rodase a un lado, dejándoles el paso franco. El joven parpadeó, estupefacto.

—¡Cielos, Beatriz! ¿Acaso tengo la lámpara de Aladino y no me he enterado?

—¿No será mejor averiguar lo que pasa aquí dentro?—dijo ella, saliendo resueltamente afuera, seguida por Stefan, que se había rehecho casi al momento.

La antesala aparecía absolutamente desierta, así como las dependencias inmediatas de la espacionave.

La pareja continuó su camino, pasando, en ascenso de nivel, a otra cámara, también desierta, frente a cuya puerta de entrada se veía otro disco de cierre, herméticamente cerrado, a lo que parecía.

Stefan se aproximó a la puerta circular y la examinó con infinita atención. El silencio era absoluto, abrumador, hasta siniestro, y parecía como si la nave estuviera desierta, o quizá muerta. Ni siquiera se percibía la menor trepidación de sus motores. Al joven le dio la sensación de hallarse en un mundo muerto, deshabitado por completo.

Pero, de pronto, sus pupilas descubrieron, a la derecha de la puerta, un grupo de hexágonos multicolores, que el joven reputó como el mecanismo de cierre y apertura. Sin la menor vacilación, los tocó varias veces hasta que, habiendo hallado la combinación, el círculo de metal se deslizó a un lado.

Una enorme y espaciosa habitación, de forma también hexagonal, apareció ante los asombrados ojos de los terrestres. Aquella habitación mediría muy bien unos doscientos metros de diámetro, y toda ella

estaba desprovista de muebles e instrumentos, salvo de una cosa.

Esto era algo que horripiló a Stefan y Beatriz apenas se dieron cuenta de lo que se trataba. Era algo fantástico, misterioso, aterrador, pero indudablemente cierto.

Aquella enorme cámara tenía, a todo lo largo de sus seis lados, una serie de estanterías anchas, unas encima de otras, separadas entre sí por una distancia de dos o tres metros, resultando la altura total de la cámara de unos veinticinco o treinta, de modo que, en junto, había siete u ocho estanterías en cada arista del hexágono.

Stefan calculó que debían de hallarse en el centro de la nave, puesto que en la parte superior, se veía la cúpula poliédrica transparente. Pero esto no le impresionó, sino lo que habla en las estanterías.

En cada una de éstas había un andromedano encerrado en su cápsula vital, al lado de la cual había otra idéntica, unida por un estrecho tubo, de unos diez o quince centímetros de grosor, del mismo transparente material. Los andromedanos estaban absolutamente rígidos, inmóviles, como si se hallaran en estado de letargo, cosa en la que se afirmó el joven al ver sus hexagonales pupilas desprovistas totalmente de brillo alguno, muertas, apagadas por completo.

La epidermis aparecía de un color amarillento sucio, repelente, sin oscilaciones en su desagradable tonalidad, y los tentáculos estaban recogidos en el interior del cuerpo. Pero no acababa ahí la cosa.

En la mayoría de los casos, la cápsula adyacente, estaba llenándose.

Se veía una sustancia semitransparente, casi en estado fluido, que iba pasando de una a otra esfera por el tubo que las unía, con tal lentitud que la vista no podía apreciarlo. En algunos casos, aquella sustancia empezaba ya a tomar forma.

Un vivo relámpago iluminó bruscamente la mente del joven. Comunicó su hipótesis a Beatriz.

—Es espantoso, Stefan. Estos horrendos seres están dando origen a otros más que... Oh, no puedo, no puedo acabar de creerlo.

—Lo creas o no, hay una cosa que vamos a hacer inmediatamente, y es aprovechar esta favorable coyuntura para largarnos de aquí inmediatamente, Beatriz. Mejor ocasión no la hallaremos, porque no sabemos el tiempo que los andromedanos emplean en dar nacimiento a sus congéneres, y si salieran del letargo en que se hallan sumidos, la

cosa no iría nada bien para nosotros. ¿Quién sabe cuánto tardaríamos en hallarnos en una situación semejante? ¡Vamos, vamos! —dijo el joven, tirando del brazo de Beatriz.

La muchacha no se resistió. Salieron de aquel lugar, cuya atmósfera, cálida, sofocante, les había deprimido no poco, aparte del espectáculo, y se dedicaron a buscar la cámara de control.

Ésta no era mucho mayor que la que conocía Stefan, de modo que no tardó en dar con lo que deseaba. Y media hora más tarde, se hallaban a bordo de la nave andromedana, libres de aquella espeluznante pesadilla, llevando a remolque, por medio de sus propios imanes, al cohete que Beatriz llevara semanas antes, pues Stefan había sugerido que acaso pudiera series de alguna utilidad. En todo caso, el remolcarles no les consumía ninguna clase de energía adicional y siempre estaba a punto de deshacerse de él.

Una vez en el espacio, Stefan gobernó la navecilla hasta situarse, tras un viraje de 180°, frente a la nave comandada por Uno Nueve. Beatriz adivinó lo que iba a hacer y, pálida, tensa, expectante, aguardó los acontecimientos.

En el momento oportuno, Stefan pulsó el disparador. La nave fue arrastrada hacia adelante, en el negro tubo provocado por el disparo que, en un microsegundo, había hecho desaparecer, como si jamás hubiera existido, la espacionave andromedana, con todos cuantos había a su bordo. Y cuando el joven estuvo seguro de que la había destruido, desconectó el arma, recobrando de nuevo su velocidad habitual.

Pero apenas lo había hecho una idea brilló en su mente con cegadoras llamaradas. Sin poderse contener gritó, jubiloso, exultante de alegría:

—¡Ya está! ¡Ya lo tengo! Ahora «sé» el secreto de esta arma tan poderosa.

CAPÍTULO IX

Sí —comentó Stefan, manejando una pesada llave inglesa—; ahora que lo sabemos la teoría es sencilla, elemental diría yo.

Naturalmente... ¡maldita tuerca!... la práctica ya es otra cosa, y es muy difícil que nadie sin los estudios pertinentes, que habrían de durarle largos años lograra construir un aparato similar al que nosotros tenemos la fortuna de poseer.

»Pero en cambio —continuó el joven, soltando una imprecación al magullarse un

dedo con la llave—, sabemos cómo se maneja un artefacto de éstos, lo que no es poco. Y también sabemos, o por lo menos lo suponemos, que la antiarma, sin ser nada del otro mundo, puede dar resultados eficaces, que sorprenderán indudablemente a los andromedanos.

—¿Tú crees? —preguntó Beatriz.

—¡Ajá! —exclamó Stefan, terminando de asegurar la tuerca, y poniéndose en pie.

Miró a la muchacha, vestida, como él, con traje de vacío, pues se hallaban en un islote del espacio, un pedrusco que apenas si mediría veinte o veinticinco kilómetros de diámetro, de irregulares contornos, muy escabrosa su superficie, pero ideal, en todo caso, para lo que Stefan había deseado. Arrojó la llave a un lado, y la herramienta, en lugar de caer, quedó flotando en el vacío.

—¿Has enviado los galactogramas dando cuenta de lo que hemos averiguado, Beatriz?

—Sí, pero hasta ahora no hemos recibido la menor respuesta. Dije todo sin omitir un detalle, añadiendo las instrucciones para construir la antiarma.

—Se quedarán sorprendidos cuando vean que cuestan tan poco dinero. No podrá quejarse nuestro Secretariado de Finanzas de los gastos de esta guerra, en verdad.

Beatriz asintió. Pero su humor no era el mismo que el del joven, cosa lógica en ella, que vivía una vida sin esperanza, sabiéndolo enamorado de la joven mestiza rigeliana.

—¿Crees que dará resultado?

Stefan examinó con ojo crítico el artefacto que había montado en la parte delantera de la nave de Andrómeda.

—Lo sabremos cuando lo utilicemos, muchacha. Si no resulta... bueno,

no tendremos tiempo de quejarnos. Perdón de quejarme.

Beatriz frunció el ceño, alarmada.

—¿Qué es lo que quieres dar a entender, Stefan? ¿Me vas a dejar sola?

—Acabas de decirlo. Voy a salir al espacio, convirtiéndome en algo así como, un corsario de nueva especie y, naturalmente, no puedo consentir que corras el menor riesgo, Beatriz.

—Tampoco tú debieras hacerlo, Stefan. Es… te espera tu mujer —dijo ella con vacilante tono, que no pasó inadvertido al joven, quien harto conocía los sentimientos de Beatriz hacia él. La compadeció, porque no podía hacer nada, pues estaba sincera y profundamente enamorado de Moyna, y aquel lapso de tiempo, tan lleno de excitantes aventuras, no había mitigado en nada sus sentimientos personales.

—Ya lo sé; pero… alguien tiene que hacerlo el primero, ¿no?

—Stefan, no seas loco. Deja que sea otro el que…

Y Beatriz se interrumpió. Acababa de escuchar de pronto, en su casco, el sonido del comunicador galáctico, anunciándole la recepción de un mensaje. Corrió hacia el cohete, volviendo al cabo de pocos minutos, con los ojos brillantes por el júbilo.

—¡Recibieron el galactograma, Stefan! Se dan por enterados de lo sucedido, han tomado nota de tus indicaciones, comprendiendo ahora la naturaleza del arma andromedana, y dicen que equiparán a todas las naves con la antiarma. También dicen que se lo retransmiten a Bashur, quien se halla en el espacio con una poderosa flota altairiana.

- ¡Magnífico, estupendo! Beatriz, no hay tiempo que perder. Vuelve a tu nave y despega, saldré con la mía a ensayar el arma y apenas lo haya hecho me reuniré con la primera nave de la Unión Solar que llegue al punto que te indiqué antes. ¿Lo recuerdas?

Beatriz asintió. Alargó el brazo, tomando el del joven.

—Por favor, Stefan, cuídate. Te espera Moyna, ¿lo recuerdas?

—Por ella y por los hijos que Dios nos envíe —contestó él con sereno acento—es por lo que corro estos riesgos. Por que nazcan libres y sin temor alguno a enemigos extragalácticos que en un futuro más o menos próximo pudieran sentir veleidades megalómanas;

¿comprendes?

'—Sí, Stefan..., pero eso de que seas tú el primero... Está bien; ¡hasta la vista y buena suerte!

La muchacha dio media vuelta y corrió hacia su nave, la cual despegó pocos momentos después, perdiéndose rapidísimamente en el espacio, Stefan contempló la partida, y cuando el rastro de fuego de los cohetes de impulsión primaria hubo desaparecido, meneó la cabeza.

- ¡Pobre chica! Me hubiera gustado quererla... de no haber sido por Moyna. En fin —suspiró—; confío en que el tiempo la haga olvidar y luego se dé cuenta de que es lo suficientemente guapa para, poder casarse con el que más le agrade.

Sin grandes prisas, Stefan se dirigió a su nave, en la cual se instaló, comprobando de modo casi maquinal el funcionamiento de la antiarma, instalada a unos cuantos metros delante de él, sobre el orificio ancho por el cual salían aquellas terroríficas descargas que producían, las tinieblas totales. Satisfecho de ello, pulsó el botón de despegue y se lanzó al espacio.

. Durante varios días estuvo vagando de un lado para, otro, sin rumbo aparente, con el detector conectado de continuo a fin de descubrir la presencia de cualquier nave andromedana. Esto, al mismo tiempo, le servía de adiestramiento en el manejo de la que él ocupaba, hasta que llegó a pilotarla a la perfección. Desde luego, en caso de una avería, no hubiera podido, no tan sólo repararla, pero ni siquiera averiguar las causas de la misma, ya que desconocía por completo la energía que movía aquella máquina, así como los aparatos que la producían. Pero él tenía bastante con saber que se movía por donde se le antojaba y no pedía más. «Me siento algo así como una vaca —resumió sus pensamientos sobre el tema —que come heno porque sabe que le va bien, pero que no sabe qué es lo que come. Y lo demás me tiene sin cuidado.»

Privado de enlace con la Unión Solar y los destacamentos de ésta, pues no sabía la clase de transmisores que aquella nave llevaba, y si servían para la voz humana tan siquiera, hubo de resignarse a la soledad, navegando erráticamente durante más de una semana. Se alimentó con las conservas que Beatriz había llevado en su cohete, y pronto empezó a pensar en suspender la búsqueda, pues les alimentos disminuían con más rapidez de la conveniente.

Diez días más tarde, en la gran pantalla que tenía casi

permanentemente conectada, apareció el irritado rostro de un andromedano. El monstruo lo miró con colérica expresión, reflejada en el oscilante brillo de sus hexagonales pupilas, que centelleaban agudamente, al mismo tiempo que emitía unos chirridos incomprensibles para él, pero que, con toda seguridad, no le prometían nada bueno.

Stefan hubiera podido salirse de la visión del andromedano con sólo echarse a un lado de la visoplaca para poder ver sin ser visto; pero le convenía en grado sumo esto último. Quería que los andromedanos supiesen que había un humano tripulando una de sus naves. Ansiaba entrar en combate con sus enemigos, precisamente para probar la antiarma que habla inventado. Era mucho lo que se jugaba, la vida precisamente, pero no tenía otro remedio. Si la cosa salía bien podría decirse que la Galaxia estaba salvada; de lo contrario... Era preferible no pensar lo que ocurriría después.

No cortó la transmisión en ningún momento, dejando su aparato enlazado con el otro. La imagen del andromedano desapareció, siendo sustituida pocos instantes después por la de una nave que, brillando en el oscuro telón de fondo del espacio, parecía inmóvil en el mismo, a poca distancia, sin que, en apariencia, se la viera ejecutar ningún acto hostil.

Pero Stefan sabía que aquella nave, en apariencia quieta, se acercaba a velocidades insospechadas para las que no había aparatos de medir concebidos por mentes humanas, incluso las estrellas parecían deslizarse a ambos lados y hacia atrás de la misma, vencidas por la extraordinaria rapidez de aquel colosal disco.

Y también sabía que la nave andromedana estaba disponiéndose para atacar, buscando el momento más propicio. Stefan no dejó, empero, que la iniciativa escapase de sus manos. Mantuvo en todo instante el rumbo, y su dedo índice oprimió un botón que, evidentemente, no había sido fabricado por tentáculos andromedanos.

Continuó así unos momentos, acaso un par de minutos. De pronto ocurrió lo que con tanta ansiedad había estado esperando. El espacio se oscureció.

Un círculo negro apareció a lo lejos, borrando la imagen de la nave enemiga. El círculo aumentó rápidamente de tamaño, pero cuando ya casi habla llenado por completo la visoplaca, oscureciéndola al menos en sus cuatro quintas partes, se detuvo. Osciló bruscamente, ganando, en tamaño aparente, unos centímetros y perdiendo otro tanto, y luego

adquirió un diámetro fijo.

Al mismo tiempo Stefan sintió una brusca sacudida en su nave. Le pareció como si ésta chocara con algún invisible obstáculo que trataba de oponerse a su avance y notó perceptiblemente la disminución de la velocidad de la misma. Empezó a temer por el éxito de su empresa y la transpiración le humedeció copiosamente la frente y las manos.

Súbitamente la nave andromedana se hizo visible, surgiendo de aquel túnel de negrura, pero aquella visión duró apenas una centésima de segundo. Stefan no lo hubiera podido jurar a no ser porque, apenas vista, la nave enemiga se deshizo en mil pedazos.

No estalló con fulgurantes llamaradas ni rayos de color anaranjado como solían despedir las humanas cuando los motores que las movían reventaban; simplemente, su desintegró. Pero de una forma complejamente visible, como si hubiera chocado contra un muro de ladrillo. En medio del silencio absoluto, la espacionave andromedana se fragmentó como si hubiera sido construida de débil vidrio, esparciéndose sus trazos, que brillaron con plateados reflejos a la luz de las estrellas, en todas direcciones. A Stefan le pareció estar viendo un vaso de cristal que caía al suelo y reventaba en minúsculos trocitos de vidrio.

Al momento sintió que su nave reanudaba de nuevo la marcha, como si hubiera sido liberada del freno a que había estado sometida aquellos cortos momentos. Sin poderlo remediar se pasó la manga por la frente, enjugándose el abundante sudor que la habla cubierto durante aquellos instantes tan críticos.

El joven sabía ya que era poseedor de la antiarma. Ignoraba si la nave enemiga había tenido tiempo de comunicar con las suyas, aunque esperaba que no lo hubiera hecho, dada la rapidez con que se habían sucedido los acontecimientos. Indudablemente, los primeros sorprendidos en verse cazados en sus propias redes habrían sido los monstruos, pero aquella sorpresa no debía haber durado mucho; tanto el arma andromedana como la antiarma de Stefan eran dos cosas que no dejaban mucho tiempo para las reflexiones.

Satisfecho por este lado, varió el rumbo de su nave, conduciéndola hasta determinado punto de la Galaxia, donde sabía había un puesto fronterizo. Al llegar cerca de él detuvo la marcha de la nave, permaneciendo inmóvil en el espacio, hasta que los servicios de reconocimiento de aquel puesto le permitieron el aterrizaje.

Stefan fue conducido directamente a presencia del coronel Bamns, comandante de aquel sector, quien estrechó calurosamente la mano del joven.

—¡Bienvenido a mi choza!—dijo el coronel, hombre de baja estatura, rechoncho, fornido, pero de inteligente y enérgica expresión.

Se lo llevó a su despacho, encerrándose en él con Stefan y varios altos oficiales más.

—Hemos estado aguardando impacientes su llegada, Stefan —continuó el coronel, después de que hubo servido café, coñac y cigarrillos a su huésped—. El S.S.C.[3] nos lo había advertido, pero, si quiere que le sea franco, no daba un centavo por su pellejo.

El joven sonrió.

—Gracias, coronel; pero le considero un derrochón. Yo no me hubiera atrevido a ofrecer tanto por mi vida. Bien —varió Stefan la conversación, disfrutando del humo del cigarrillo—. ¿Qué novedades hay?

Bamns hizo visible un detallado mapa de la Galaxia, que había en un muro del edificio, oculto por una amplía cortina negra, y en el cual estaban señalados los distintos puestos fronterizos, los lugares de cobertura y todos los dispositivos de defensa aptos para entrar en combate apenas se precisara de ellos. El mapa, en lugar de las clásicas banderitas, disponía de diminutas lámparas de todos los colores, algunas de las cuales estaban permanentemente encendidas, en tanto que otras oscilaban alternativamente, según los informes que se recibían en la Central de Transmisiones, situada no lejos del despacho del general.

Durante largo rato estuvieron discutiendo sobra la situación. Stefan, a base de los informes que recibiera de Farquhart en Platón 50, hizo algunas modificaciones, y así mismo envió numerosos mensajes por vía ultrarrápida para otros puestos defensivos situados en alejadas zonas de la Galaxia.

Cuando terminaron la conferencia, Stefan preguntó:

—¿Qué es lo que han hecho en este asteroide, coronel?

—De acuerdo con las instrucciones que se me transmitieron, hice instalar la antiarma. Numerosos proyectores están dispuestos, funcionando a todas horas de modo incesante, para que en ningún

momento podamos ser sorprendidos por un ataque traicionero. Si los andromedanos atacan se llevarán un chasco de los grandes, Stefan; se lo aseguro.

—Yo ya di uno, y a estas horas andarán preguntándose qué ha sido de su nave. Me gustaría que tomaran ejemplo y que renunciaran a la guerra. Aunque confío en la antiarma, opino que no escaparemos sin sufrir graves daños.

—También me gustaría a mí, Stefan, pero, por lo poco que sabemos de esos salvajes no los creo capaces de dejarnos en paz. De todas formas, ha sido una suerte que usted haya hallado…

El joven le interrumpió.

—No me achaque a mí el mérito absoluto, coronel. Ha habido muchos factores que han intervenido en el conocimiento del arma andromedana, y usted no ha sido el menor de ellos enviándonos a Zehay a la capital de la Unión Solar. Me gustaría decirle cuatro cosas al médico que lo trató de paranoico.

—Pero su solución, Stefan, ha sido muy inteligente. Y barata, además.

—Sí, una especie de huevo de Colón —sonrió el joven.

—¿Y quién antes de Colón había puesto un huevo de pie? —rió estruendosamente el coronel—. No, usted tiene mucho mérito, y si no le conceden un kilo de medallas o algo por el estilo me daré de baja en el ejército. ¡Vaya que sí!

—Después de conocer los fundamentos del arma andromedana, coronel, cualquiera hubiera podido hacer lo mismo.

—Es posible, pero sólo usted lo hizo, Stefan. ¡Hay que ver —musitó Bamns, pensativo —de lo que han sido capaces esos fulanos! La luz y el vacío… Dos cosas que no se tocan, una de ellas que no se ve tan siquiera… y ambas reunidas son capaces de borrar un planeta con la mayor facilidad. ¡Diablos!, si sólo de pensarlo se me abren las carnes.

Después de un rato más de discutir el asunto el joven se retiró a descansar, pues después de la tensión sufrida en los últimos días lo necesitaba verdaderamente. Contuvo sus impulsos de pedir un cohete ultrarrápido y salir en busca de su esposa, pero quería dejar todo ultimado. No deseaba ya separarse de ella más y, antes de reunirse, trataba de acabar definitivamente con lo que había empezado.

Durmió largamente, pensando en la alegría que tendría Moyna al haber recibido el galactograma que Beatriz le habría enviado por encargo suyo. Pero su sueño no fue completo.

Varias horas más tarde un oficial le sacudió fuertemente, haciéndole sentarse en la cama de un salto. Stefan miró inquisitivamente al oficial, preguntándole, más por fórmula que por otra cosa:

—¿Qué ocurre?

—¡ANDRÓMEDA ATACA! —fue la respuesta que recibió y que no era otra que la que él estaba aguardando desde hacía tiempo.

CAPÍTULO X

ANDRÓMEDA ATACA!

La frase era casi como una consigna. ANDRÓMEDA ATACA. Estas dos palabras corrían de boca en boca, de transmisor en transmisor, de planeta en planeta, de sistema en sistema, extendiéndose rapidísimamente por toda la Galaxia.

Toda la Galaxia estaba en estado de alerta, y toda la Galaxia se puso en pie de guerra, decidida a rechazar al invasor.

Se sabían los antecedentes de éste y se sabía así mismo que no daba cuartel, que no avisaba tan siquiera antes de descargar el golpe. Así, pues, billones de seres de todas las razas galácticas se unieron hombro con hombro, codo con codo, y se aprestaron a disputar la guerra más dura, cruel y feroz que jamás se había conocido desde el principio del mundo. Y si Andrómeda no iba a dar cuartel, la Vía Láctea no lo pediría, pero no lo daría tampoco. Era una lucha a muerte, sin otra alternativa que la supervivencia o la derrota, que en este caso equivalía lo mismo que a la destrucción o la muerte.

En el puesto de mando de aquel sector fronterizo la actividad no conocía límites. Desde el general al último soldado todos se hallaban equipados para la lucha, vistiendo trajes estancos, ya que el asteroide carecía de atmósfera, y había que contar con la posible emergencia de una grieta o escape de aire en cualquiera de los edificios. Los partes

recibidos y transmitidos por la Central de Comunicaciones se reflejaban de modo automático en la gran carta de la Galaxia, en la cual miles de lucecitas indicaban otros tantos puestos defensivos. Verde era el color de situación normal; rojo era el indicativo de ataque enemigo; amarillo, el de triunfo, y violeta, el de derrota, que equivalía a tanto como decir que una posición había sucumbido.

Por el momento las luces verdes predominaban sobre las demás. Había bastantes rojas, que señalaban se estaba librando dura lucha con el invasor y algunas amarillas que indicaban la victoria al haber rechazado el ataque. Pero, de vez en cuando surgía algún chispazo violeta, y cuando tal cosa ocurría Stefan sabía que un puñado de hombres, o acaso un puñado de millones, habían desaparecido, borrados por la potente arma andromedana.

En la carta estelar había una lámpara verde de tamaño algo mayor que las demás, y en la que casi todos los ojos de los presentes estaban fijos con ansiosa expectación: era la del asteroide en que se hallaban.

De pronto el megáfono anunció un mensaje para Stefan. El joven confió ansioso hacia el transmisor.

—¡Pásemelo aquí! —pidió.

La respuesta no se hizo esperar.

—Stefan, su esposa y Beatriz Farquhart se dirigen hacia aquí en un cohete ultrarrápido. Piden protección en las cercanías del puesto.

El rostro del joven se volvió del color de la ceniza.

- ¡Dígales que retrocedan! —aulló.

Pero las palabras que oyó acto seguido le helaron la sangre en las venas.

—Imposible, Stefan; han desconectado la comunicación apenas emitieron el mensaje.

Stefan se volvió hacia Bamns.

—Coronel, voy a salir al espacio. Dígales a sus hombres que me tracen la órbita que me lleve, al encuentro del supercohete donde vienen las dos mujeres.

- ¡Está loco, Stefan! ¡Todo el espacio está plagado de naves

andromedanas que en cualquier momento...!

—¡Atención, atención! —ladró en aquel momento el megáfono—; ¡Situación de emergencia! ¡Naves enemigas convergen de todos los puntos del espacio sobre el puesto!

Bamns recordó al instante el lugar en que se hallaba. Conectó la radio de su casco con la red general.

—Todas las antiarmas listas para funcionamiento. Los pelotones de choque preparados para repeler un posible desembarco. Transmitan la nueva situación al S.S.C.

Stefan miró la lámpara verde, que había adoptado el color rojo del ataque Ahora se veían muchos más destellos escarlata que antes, síntoma inequívoco de que los andromedanos redoblaban sus esfuerzos, Los colores cambiaban vertiginosamente, y toda la carta estelar era un incendio policromo que indicaba la enorme extensión que había alcanzado la conflagración.

Por el momento los tonos predominantes eran los verdes y rojos, aunque habían aumentado también los amarillos y violetas, estos últimos, afortunadamente, en menor proporción. Sin embargo, la progresión de éstos proporcionaba cierta inquietud a los defensores, inquietud que podía serles fatal si llegaba a hacerles perder el control de sus propios nervios.

Repentinamente el megáfono lanzó un alarido:

—¡Ahí están!

Casi en el acto el suelo trepidó, como sacudido por un terremoto. Alguien, perdiendo inesperadamente el equilibrio, cayó, levantándose en el acto. Un rumor sordo se expandió a lo lejos.

El trueno se repitió varias veces. Una súbita grieta apareció de pronto en uno de los amplios ventanales que daban al espacio y por ella empezó a escaparse el aire con agudos silbidos. Stefan se felicitó de la previsión de Bamns al obligar a todo el mundo a colocarse las escafandras.

De nuevo volvió a sentirse aquella trepidación, que ahora tuvo como consecuencia provocar una oscilación en la intensidad lumínica de la estancia. Stefan pensó que aquellos seísmos eran provocados por las fenomenales descargas de las armas andromedanas, chocando con las de la antiarma, todo lo cual hacía que la velocidad del asteroide en la

órbita se viera perturbada.

Pero, de pronto, un inenarrable espectáculo atrajo su visión. Por un momento todo el mundo, fascinado, abandonó sus obligaciones y desechó sus temores ante la increíble visión de lo que se desarrollaba ante sus ojos.

Decenas y decenas de naves andromedanas surgían una milésima de segundo en el espacio, a corta distancia del asteroide, tan corta, que podían ser vistas sin necesidad de instrumentos ópticos y apenas aparecidas se deshacían en multitud de fragmentos, como si en su loca carrera chocasen contra un grueso muro de vidrio que protegiera al asteroide. Se fundían sin ruido, sin explosiones de luz, sin la menor llamarada, deshaciéndose el metal de que estaban construidas en multitud de fragmentos que, apenas entrevistos, se perdían en la infinita sima del Universo.

Durante largo rato las naves enemigas atacaron despiadada, ciegamente, con suicida valor, el puesto fronterizo. Stefan no miró el mapa galáctico, pues sabía que, si llegaba a ocurrir, ni él ni ninguno de cuantos estaban allí verían la luz violeta que indicaría su fin. Esto solamente podría ocurrir en otro puesto sideral, y entonces una computadora, automáticamente, borraría de la lista de los vivos su nombre y el de cientos más.

El ataque cesó de pronto, casi tan repentinamente como había ocurrido. Aún se lanzaron varias naves más contra el asteroide, pero inexorablemente fueron destruidas, sin que las defensas del puesto fronterizo sufrieran lo más mínimo, sin que se perdiera una sola vida humana. Esto era lógico, puesto que en cada batalla que se desarrollaba sólo había vivos o muertos. Éstos eran siempre los perdidosos, y si los humanos estaban vivos podía afirmarse que pertenecían al mundo de los gananciosos.

La luz roja cambió a amarilla. Entonces fue el momento elegido por el joven para lanzarse hacia la esclusa de salida en busca de una nave.

Bamns quiso impedírselo.

—¡No se arriesgue, Stefan! A estas horas…

—Tengo que averiguar lo que ha sido de mi mujer —decidió ceñudo el joven—. No puedo vivir en esta incertidumbre, ¿o no lo comprende?

—Pero el espacio está sembrado de naves de Andrómeda.

—Lo sé, pero confío en salir vivo de la aventura. Por lo menos, si muero, quiero hacerlo con la conciencia tranquila.

—De poco le servirá sí los andromedanos le tuestan el pellejo —gruñó Bamns.

—Eso es cuenta mía, coronel. Per favor, haga que los hombres del servicio de órbitas computen la mía a base de la predicción establecida con la otra nave. Si las dos chicas se dirigen hacia aquí, y puedo salir a su encuentro y protegerlas con mi aparato. ¿Sabe usted si ellas van armadas? Porque, en caso contrario, serían fácil presa de la primera nave enemiga con que se topasen y... ¿entiende?

Bamns asintió pesadamente.

—Quisiera impedírselo, pero no puedo, Stefan. A fin de cuentas usted es un civil que ha colaborado valiosísimamente con nosotros y no puedo darle órdenes en ese sentido. Pero, en cambio, puedo ayudarle con todos mis recursos, y lo haré. Le instalaremos un trazador portátil de órbitas en su nave, con emisor-receptor, puesto que ignoramos cómo funcionan los andromedanos. Esto no cuesta nada, excepto colocar una antena en el exterior cosa que no nos llevará más allá de diez o quince minutos. ¿Podrá esperarnos? —concluyó el simpático Bamns, sonriendo.

Al cabo del tiempo prefijado, la nave andromedana, llevando a Stefan como único pasajero, salía disparada al espacio. El encarrilarla en la órbita previamente establecida fue cosa de momentos, y una vez en ella Stefan procuró imprimir al aparato el máximo de velocidad posible, sin recurrir para nada al arma andromedana.

Mientras viajaba por el espacio a velocidades asombrosas intentó comunicarse con su mujer, sin conseguirlo. En todo momento tuvo, conectada la visoplaca del aparato, en la cual se reflejaron rostros andromedanos en más de una ocasión, pero Stefan cuidó de no hacerse visible para no entrar en sospechas y perder tiempo en combates ofensivos y defensivos que no hubieran hecho otra cosa que retrasarle.

Sus ansiosas miradas iban alternativamente de la visoplaca a la pantalla del trazador de órbitas y de ésta al espacio que se divisaba a través de la cúpula poliédrica que tenía sobre sí. Vio aparecer y desaparecer numerosos planetas, destruidos por los ataques andromedanos, brillando unos segundos bajo la luz de las estrellas que les daban vida y calor, para desaparecer inmediatamente, hundidos en

la sima sin fondo de la destrucción total del ataque. Pero no se entretuvo; siguió, siguió adelante, viajando cada vez más aceleradamente, hasta que, de pronto...

El trazador de órbitas chirrió estrepitosamente. Stefan miró la pantalla, viendo un puntito amarillo en ella deslizándose con vertiginosa marcha en el espacio. No le quedó la menor duda de que era la nave en que viajaban las dos jóvenes y desconectando el mando de inercia, tomó en sus manos el control del disco volador.

Le hizo describir una amplísima curva en el firmamento, hasta colocarse a la zaga del cohete que perseguía. Poco a poco fue equiparando las órbitas y al fin llegó el ansiado momento en que las dos naves, viajando a una velocidad terrorífica, llegaron casi a tocarse con los costados.

Stefan se puso en contacto con las mujeres, pidiéndoles le abrieran la esclusa de acceso al cohete. Beatriz, experto piloto astronáutico, manejó los mandos, y unos instantes después el joven, con lógico apasionamiento, estrechaba fuertemente entra sus brazos a su esposa, a la cual no había vuelto a ver desde el momento en que se separaron, apenas recién casados.

Tras las primeras efusiones, contempladas en silencio por Beatriz, Stefan alargó la mano y estrechó la de la muchacha.

—Tengo que darte las gracias por haberme traído a Moyna a mi lado,

—¡Oh, no, no!—contestó ella—; fue tu mujer la que insistió y yo no tuve otro remedio que acceder.

—De todas formas, Beatriz, gracias por lo que has hecho por nosotros. Cuando se acabe esta guerra y haya vuelto la paz, Moyna y yo te recordaremos siempre con mucho agrado y siempre que quieras venir a visitarnos serás acogida con todo placer.

Una expresión de burlona ironía apareció en los rojos labios de la joven.

—¿Estáis seguros de que sobreviviréis? La batalla, como quien dice, no ha hecho otra cosa que empezar, Stefan, y su suerte es muy incierta todavía.

—¿A qué viene eso, Beatriz? —inquirió Stefan —. Es cierto que hemos sufrido pérdidas notables, pero, en general, los ataques andromedanos han sido bien rechazados por nuestra antiarma. Es un remedio muy

sencillo, pero no por ello menos eficaz. Y muy fácil y relativamente barato, además, de instalar.

—A los andromedanos les gustaría saber el secreto de la antiarma —observó Beatriz.

—Me lo supongo —comentó el joven—; pero no seré yo quien se lo diga. Y no creo que haya ningún humano que sea tan estúpido como para hacerlo.

—¿De qué se trata, Stefan*? —preguntó Beatriz.

—-¿Tanto te interesa ahora? ¿No podrías, esperar a más adelante, cuando ya todo se haya acabado? Ten en cuenta —dijo riendo el joven, al mismo tiempo que enlazaba a Moyna por el talle—, que hace un montón de tiempo que no veo a mi mujer y que, por lo menos, quisiera charlar un ratito con ella. La verdad, ahora no me gustaría andar con explicaciones técnicas que...

—¿Y si yo te lo pidiera? —suplicó Beatriz —. Recuerda que gran parte de tu triunfo se lo debes a mi padre. Él te dio a conocer los lugares más propicios al ataque; los gobiernos adictos, los dudosos, los neutrales, los síntomas de la guerra... Te coronarán cuando vuelvas a la Tierra, pero no toda la gloria será tuya, Stefan; una buena parte de ella pertenece al apellido Farquhart.

El joven frunció el ceño, molesto, sin saber exactamente la causa.

—Beatriz —dijo—, ¿a qué viene ahora esa insistencia?

En aquel momento, Stefan se fijó en un detalle del que no se había percatado hasta entonces. El rostro de Beatriz transpiraba abundantemente, al mismo tiempo que su seno subía y bajaba con rapidez, indicios de una respiración alterada por una causa interior. Los ojos de la muchacha brillaban con un fulgor raro, extraño, desprovisto por entero de su natural luz humana.

Una fulgurante idea brotó de pronto en el cerebro del joven. Fue cosa de una décima de segundo y, apenas concebida, supo el peligro que corría.

No vaciló, sin pensarlo apenas, lanzó un agudo grito:

—¡Moyna, échate a un lado! ¡Beatriz tiene dentro un andromedano!

Al mismo tiempo que advertía a su esposa, se arrojaba sobre la joven,

pero no pudo dar dos pasos; una pistola apareció en las manos de Beatriz, cuya boca se curvó en una cruel sonrisa.

—Lo adivinaste, maldito entrometido! ¡De no ser por ti, el cariz de esta guerra sería muy otro! Stefan —dijo con durísimo tono—, ahora mismo vas a declarar cuál es el secreto de vuestra antiarma o, de lo contrario, juro que dispararé contra tu esposa. Y a ti, conservándote vivo, ya hallaríamos el medio de sacarte lo que tanto nos interesa.

La sorpresa que recibió Stefan fue tan absoluta que, por unos momentos, quedó en el mismo sitio, incapaz de reaccionar, encorvado hacia adelante, con los brazos separados del cuerpo, listo para arrojarse contra Beatriz apenas diera ésta la menor señal de flaqueza.

Pero la joven lo advirtió.

—Sepárate dos metros de mí, Stefan, o quemo a Moyna. ¡De prisa!

El joven obedeció, irguiéndose. De pronto, echóse a reír.

—¡Vaya! —exclamó—. Los supercivilizados andromedanos, detenidos por la acción de una simple lámpara emisora de rayos infrarrojos o luz negra, como la quieras llamar. ¿Es ese el secreto que tanto os interesa?

Una mueca de furor contorsionó las bellas facciones de Beatriz. Pero Stefan sabía que no era ella, sino el monstruo que, introducido en su interior, fusionados todos sus átomos con los del cuerpo de la muchacha, la poseía de una forma de la cual no había medio de librarse.

—¿Es cierto lo que dices, Stefan?

—¿Por qué había de engañarte, Beatriz? Andrómeda ha hallado el medio de suprimir el vacío, si es que esta frase resulta correcta. El espacio interestelar no es un vacío absoluto. En él hay, separados por distancias que oscilan entre varios metros a muchos kilómetros, átomos de los componentes básicos del universo: oxígeno, hidrógeno... Luego no hay un vacío absoluto, a pesar de que se le diga así, ¿comprendes? La luz, en este medio, no puede rebasar los trescientos mil kilómetros al segundo.

»Ahora bien, esto considerado, ¿qué ocurrirá si se hace, se provoca, el verdadero ***vacío absoluto***? Hemos de recordar que los medios de propagación de la luz, cuando más densos son, oponen mayor resistencia a la propagación de ésta. Cuando un rayo de luz pasa de un medio de menor densidad a otro de mayor densidad, se produce el

fenómeno llamado refracción En Andrómeda han resuelto el problema opuesto: pasar de un medio relativamente, denso, como es el vacío sideral corriente, al ***vacío absoluto,*** en el más amplio sentido de la frase.

»Por lo tanto, la velocidad de la luz aquí no tiene límite, pero como existe dicho vacío absoluto, ***no puede verse nada,*** y de ahí la obscuridad total que se hace cuando el arma libera una descarga de tal índole. Y al desaparecer la ligerísima resistencia que ofrece el vació sideral, las naves avanzan a velocidades aterradoras, prácticamente sin otros límites que los que puedan establecer las necesidades de aceleración y deceleración, que siempre, y por muy perfeccionados aparatos que se inventen, es preciso tener en cuenta. También, la creación del vacío absoluto, provoca un hueco similar al que deja la estela de una nave en el mar, hueco que es llenado por las olas apenas ha pasado el barco. Es decir, que el vacío sideral, apenas hecha la descarga que provocaba el vacío absoluto, se precipitaba en el hueco que éste había dejado, causando así los remolinos que agitaron a Zehay, y a mi nave, y a, supongo, otras naves que se hayan encontrado en la misma situación.

»Ese vacío absoluto destruye todo cuanto encuentra a su paso. Pero, ¿qué ocurre cuando se enfrenta con un aparato que no dispara proyectiles sólidos, ni líquidos, ni gaseosos, sino simplemente ondas lumínicas invisibles, como son las infrarrojas? La luz infrarroja es la que tiene mayor longitud de onda de todas; es, como si dijéramos, con un símil bastante infame, más espesa que las demás. Si un proyector de luz negra o de rayos infrarrojos está en funcionamiento cuando ante él se ha disparado una descarga de vacío absoluto, ¿qué ocurre? Ese rayo infrarrojo recorre el túnel formado por la descarga andromedana a una velocidad prácticamente sin límites. Resultado: la nave andromedana, que viaja por el interior de un túnel vacío, se encuentra de repente con que alguien le ha levantado un muro de cemento, que no es otra cosa que una descarga de luz, no visible si quieres, pero luz al fin y al cabo. Y esa nave se hace trizas, sin más. Como puedes ver, Beatriz, bastante sencillo.

»Yo no lo hubiera descubierto, tú lo sabes bien, de no haber sido por las palabras de Nedeth, confirmadas posteriormente por el imprudente Uno Nueve.

Sí, dos elementos difíciles de dominar la luz y el vacío, pero terriblemente eficaces cuando se les ha conseguido manejar a nuestro antojo. Y nuestros proyectores de infrarrojos son la prueba mejor de cuanto te digo, Beatriz. ¿Algo más?

Una burlona sonrisa curvó los labios de la joven, por cuyas sienes resbalaban verdaderos ríos de sudor.

—Suficiente, Stefan; con eso tengo ya más que bastante. Y ahora...

El joven vio el negro ojo del arma apuntándole rectamente al pecho. Moyna saltó hacia él, gritando despavorida.

Pero entonces Beatriz se retorció convulsivamente. Le arrojó el arma, gritando:

—¡No quiero, no quiero...! ¡Stefan, dispara... echa a este monstruo de mi...! ¡Por favor...! ¡Oh, qué suplicio tan horrible...!

El joven comprendió que Beatriz estaba sosteniendo una espantosa lucha contra la fiera que se le había introducido en el cuerpo. Por unos momentos, había conseguido cogerla desprevenida, ejecutando aquella acción. Sin embargo, el salvaje que había en el interior de aquel bello cuerpo, recobró de nuevo el control del mismo.

En el instante en que Stefan tomaba la pistola, la mano de Beatriz asía también el arma por el cañón. Tiró de ella con todas sus fuerzas.

Stefan no pensaba disparar, sino solamente tratar de atontarla, para ver luego de rescatar su mente y su cuerpo de la abyecta esclavitud en que había caído. No obstante, el gesto de la joven provocó el disparo del arma.

Al tirar hacía sí, la culata resbaló un poco en la mano de Stefan, quien, instintivamente cerró los dedos para asirla con más fuerza. Una llamarada salió de la boca de la pistola e, inmediatamente, Beatriz lanzó un sordo quejido. .

Un grueso orificio apareció en el centro de su pecho. Una sustancia espesa, de repelente hedor, violácea, empezó a deslizarse fuera, con agudos estremecimientos, en tanto que Beatriz, doblando las rodillas, se deslizaba lentamente al suelo, hasta quedar tendida. Se agitó unos momentos y luego se inmovilizó, y al morir ella, murió también el andromedano.

* * *

Los puntos rojos iban desapareciendo rápidamente del mapa, transformándose en otros de color amarillo. La mayoría de las lámparas verdes cambiaba directamente a amarillo, sin pasar por el rojo tan siquiera, señal de que las fuerzas andromedanas, impotentes para vencer aquella barrera, huían en retirada, dejándose atrás cientos de miles de aparatos destruidos, destrozados por el simple choque con unas ondas lumínicas.

Y en la astronave real de Bashur, una pareja, cogidos de las manos, viajaba rumbo a su felicidad, olvidados ambos ya de las penalidades sufridas durante largos años. Stefan y Moyna no vivían más que para ellos solos y no se daban cuenta de los que estaban a su alrededor.

Bashur sonrió al mismo tiempo que le guiñaba un ojo a su esposa, la atractiva Dynia.

—Míralos; igual que tú y yo hace casi veinte años.

—Sí —suspiró la reina de Altair—; exactamente igual. Y solamente les deseo que sigan así durante toda su vida.

Bashur beso suavemente los labios de su esposa.

—Corno tú y como yo, Dynia... así sea.

FIN

[1] El «parsec» es una medida utilizada por los astrónomos, que equivale a 3'26 años luz. (N. del A.)

[2] Son los protagonistas de la novela **Conflicto Estelar**, n° 63 de esta misma Colección y del mismo autor.

[3] ***Strategic Space Command.*** Mando Estratégico del Espacio. — (N. del A.)